

A MODO DE JUSTIFICACIÓN, ALGUNA ADVERTENCIA Y AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR

Escribir una novela sobre Santiago Carrillo era una deuda que tenía pendiente con la persona que, durante un tiempo, fue la más importante en mi vida: mi padre. Cumplo con mi compromiso después de que el pobre lleve muchos años lejos de este valle de lágrimas. Si este autor fuera creyente tendría, al menos, el consuelo de pensar que desde el cielo el ser querido disfrutaría comprobando el tardío cumplimiento del trato. Desgraciadamente mi agnosticismo no me otorga tan confortante alivio. Pero Marcelo, mi padre, era un hombre de palabra y quisiera que, al menos en esto, el hijo estuviese a la altura moral de su progenitor. Así que, pese a tan largo retraso... «Papá, lo prometido es deuda»

Pensaba que escribir esta novela sería tarea más fácil, pero al final me ha llevado un año y medio de mucha investigación, de no pocas lecturas y de miles de folios escritos que han terminado por atragantárseme, porque cuanto más me he adentrado en el laberíntico pasado de Santiago Carrillo más maquiavélico me ha resultado el personaje.

He leído y releído prácticamente todo lo bueno, malo e indiferente que se ha publicado sobre el que fuera, durante muchos años, cabeza visible del comunismo español, hasta el punto de considerarme ya (perdón por la inmodestia) todo un erudito en la vida personal y política de Santiago Carrillo.

Pero debo advertir al lector que no se halla ante una biografía, sino ante una novela histórica, es decir, ante una obra literaria que narra una acción fingida en todo lo concerniente a personajes y situaciones inventados con el objetivo de causar un placer estético a quien me otorgue el honor de adentrarse en mi narración. Pero por otra parte, la novela intenta ser completamente fiel a la realidad en lo concerniente a

la reproducción de documentos, discursos, informes, escritos, acontecimientos y conductas relacionados con hechos históricos protagonizados por el que fuera líder indiscutible del comunismo español.

Debo agradecer muy especialmente la labor del periodista Antonio Rubio del diario *El Mundo* que sacó a la luz el Informe Abad, documento excepcional para la comprensión de la verdadera ejecutoria del ex secretario general del PCE y cuyo descubrimiento, en mi novela, adjudico deliberadamente al principal protagonista.

Quiero reconocer mi deuda con César Vidal, Paul Preston, Javier Esparza, Teodoro Morán, Marie Claude Rafaneau-Boj, Joan Estruch Tobella, Stéphane Courtois, Ángel Manuel González Fernández, Jean Louis Panné y Secundino Serrano, por todo lo que me han ayudado con sus investigaciones y publicaciones.

Gracias a Maribel Moreno Pallás, no sólo por sus correcciones de redacción y estilo, sino por soportar lo mal que encajo las críticas.

Gracias a mi admirado Arturo Pérez Reverte por haberse convertido, sin su conocimiento, en personaje invitado de la novela.

Gracias también a Miguel Ángel Lara y Juan Cuerda por robarles sus identidades para transfigurarlos en actores de esta historia. Y a el Pi por existir de verdad y por permitirme reproducir su extraordinaria personalidad tal como es en la vida real.

Y sobre todo mi gratitud a Eva, que me alentó a comenzar esta novela y que ha compartido conmigo, día a día y noche a noche, todas las emociones que, como por arte de magia, han ido surgiendo del teclado de mi ordenador. Toda mi gratitud y todo mi amor, porque sin Eva ni esta novela ni ninguna otra cosa tendrían sentido.

Josele Sánchez Juan
Valencia, 14 de abril de 2014

CAPÍTULO I

Desde niño había querido ser periodista. Mientras sus amigos se familiarizaban con los nombres de los futbolistas que aparecían en los cromos, él fantaseaba con retransmitir los acontecimientos más importantes que escuchaba por la radio, y soñaba en blanco y negro, como las imágenes de televisión que tantas veces había visto de la llegada del hombre a la luna, como las del final de la guerra de Vietnam o como las del conflicto árabe-israelí. Su adolescencia y su juventud estuvieron permanentemente acompañadas de una inusitada pasión por saber qué ocurría en el mundo. Con poco más de catorce años ya jugaba a ser locutor; lo mismo retransmitía a sus padres las andanzas del movimiento terrorista Sendero Luminoso que iniciaba su lucha armada en la selva peruana de Ayacucho, que relataba a sus compañeros de clase, con dotes precoces de corresponsal de guerra, cómo había sido el asalto armado al Palacio de Justicia de Bogotá a cargo de un comando del grupo guerrillero M-19. Los años universitarios estuvieron tan acompasados por los acordes de la música de Los Secretos como por el ronquido de los motores de los primeros aviones Harrier y Vulcan de la Task Force 317 británica que, al servicio de Su Graciosa Majestad, bombardeaban Las Malvinas; tan repletos de los sonidos de Kaka de Luxe o de Radio Futura como del estruendo provocado por los misiles Exocet que se vengaban hundiendo al destructor británico *HMS Sheffield*. Su época estudiantil en La Complutense fue algo así como un collage periodístico repleto de instantáneas grabadas en su retina: el teniente coronel Tejero tomando el Congreso de los Diputados, el asesinato de Benigno Aquino en Filipinas, el de Indira Gandhi en la India o el del primer ministro sueco Olof Palme, la resistencia al comunismo

de los obreros polacos del sindicato Solidaridad y el surgimiento de liderazgo de Lech Walesa, la vuelta a la democracia de Argentina, la Revolución Sandinista, el terremoto de México, la catástrofe de Chernóbil, el bombardeo americano de Libia, el surgimiento de la Intifada palestina, la derrota en las urnas de la dictadura de Pinochet, la masacre etarra del Hipercor...

No sólo sentía pasión por la información, no sólo apuntaba una prematura vocación periodística: Marcos Larrazábal tenía alma de periodista.

Con un extraordinario expediente académico, había compaginado los estudios de periodismo con los de ciencias empresariales y en ambas facultades había sido un alumno brillante; en 1987 se licenció en periodismo con las más altas calificaciones y en junio del año siguiente concluyó la licenciatura en empresariales. Además hablaba perfectamente inglés, francés, portugués e italiano y estudiaba, por su cuenta, alemán y árabe.

Con las dos carreras acabadas y recién estrenados los veintitrés años, se doctoró en Relaciones Internacionales y, pese a recibir ofertas laborales interesantes por su brillante currículum universitario, nada más terminar el doctorado se marchó a Praga con lo puesto, con hambre de contar historias, con toda la vitalidad de sus pocos años, sin ningún contrato, sin ninguna seguridad laboral, pero con avidez de aventuras, con el convencimiento de que sabría encontrar noticias que a la gente interesaran y con la seguridad de que habrían medios de comunicación dispuestos a contratarle.

Quería emular a los más grandes reporteros de guerra, ansiaba seguir los pasos de aquellos míticos maestros del periodismo a los que tanto admiraba: Paco Eguiagaray, Enrique Meneses, Javier Bauluz, Manu Leguineche, Pérez Reverte...

Marcos presentía que el mundo iba a cambiar y estaba seguro de que él estaría allí donde se produjesen los cambios para poder contarlos. Por eso, pese a todas las dificultades que suponía viajar hasta un país comunista, se trasladó hasta la capital de la República de Checoslovaquia con la intención de buscarse la vida para poder moverse por la convulsa Europa Central y por la decadente Europa del Este.

Y si el buscar la noticia allá dónde se encontrase y poder contarla al mundo había sido su sueño, qué duda cabe que Marcos Larrazábal

podía sentirse un profesional completamente realizado porque, no sin pocos sufrimientos y con grandes dosis de tenacidad y valor, había conseguido grabar su nombre con letras de oro en el Olimpo de los grandes reporteros, llevando al espectador la verdad de lo que ocurría en acontecimientos de importancia mundial como la Revolución de Terciopelo en Praga, la reunificación de Alemania con la caída del Muro de Berlín, el ocaso de la dictadura del proletariado y la desintegración de la URSS, la invasión de Kuwait, la guerra de Bosnia-Herzegovina, Sierra Leona, el alzamiento zapatista en Chiapas, la guerra de Iraq o la caída del régimen talibán en Afganistán.

Había logrado ser el reportero que quería. Perteneía a esa raza de periodistas en vía de extinción que todavía se mojan, aquellos que aún se la juegan por conseguir la noticia. Tuvo la fortuna de compartir su primera gran guerra con los reporteros más grandes, supo caerles en gracia (nada fácil con estos tipos duros donde los haya) e intentó aprender todo de ellos, empapándose hasta de sus vicios, como si de una esponja se tratara. Nada tenían que ver con los periodistas en visita de ida y vuelta a la guerra, con los reporteros de paseo dominical por el campo de batalla, maquillaje, chaleco antibalas y brillantina, aquellos mercachifles de la información a los que el gran maestro Arturo Pérez Reverte se refería como «periodistas con mucha prisa y sopladores de vidrio, que a su regreso a la civilización, organizan conciertos de solidaridad, dan conferencias de prensa e, incluso, escriben libros para explicarle al mundo las claves profundas del conflicto».

En su primera gran batalla, la guerra de Bosnia-Herzegovina, estando en Kukunjevac, en uno de los episodios más cruentos y peligrosos de los muchos que después habría de vivir en su carrera, entre el insaciable fuego cruzado de uno y otro bando, Marcos Larrazábal recibió, precisamente de Pérez Reverte, una de las mayores lecciones de periodismo de guerra que, desde entonces, trató de incorporar a su manual de estilo. Y es que, el entonces reportero de TVE, pese a su aparente dureza y la poca hospitalidad que en principio le brindó, parecía haber ahijado al joven reportero. Así, parapetados entre las ruinas de lo que había sido un colegio, a salvo de francotiradores, escuchando el fuego cruzado, rodeados de escombros, con la desoladora visión de diez o doce cadáveres que yacían en medio de la calle que se abría delante de su refugio, con los tejados en llamas, con el olor indescriptible a quemado,

a munición gastada, a desolación, a muerte, escuchando el sonido de la metralla de los morteros serbios y la contestación desde la otra parte con granadas 5.56, Pérez Reverte dio a Marcos Larrazábal una de esas clases magistrales que no se reciben en la facultad...

—¿Sabes qué ocurre? Aunque no me creas, porque eres demasiado joven para entenderlo, no hagas caso a todo lo que ves, no te dejes llevar por tus pasiones por buenas que sean, aquí, en esta guerra, en ninguna guerra hay buenos ni malos y, además, todos los bandos tienen motivos para hacer lo que hacen. Realmente, es así. Lo que pasa es que cuando estás aquí, al final, la sangre te salpica y siempre acabas tomando partido por un bando o por otro, pero es malo cuando quieres ser reportero.

Marcos escuchaba con pasión a uno de los más grandes reporteros de guerra del mundo...

—Mira, chaval, tú te has metido a reportero, ojo, digo que te has metido a reportero, no eres analista político de tertulia de sobremesa. Un reportero debe limitarse a mandar la información, y es el público el que debe decidir, el que debe sacar sus conclusiones. Yo digo: «mire, esta es la muerta, este es el muerto, la guerra, la bomba, la sangre, ustedes verán...». Pero decir: esto es bueno, los malos son estos, los malos son aquellos, cuando estás tan cerca, no siempre es fácil distinguir. Yo, cuando era tan joven como tú, creía que los palestinos eran los buenos y los judíos eran los malos; creía que los sandinistas eran los buenos y los somocistas los malos. Después, el tiempo, te llena de dudas profesionales y éticas en ese terreno.

Tal vez por estas lecciones, y por otras tantas que aprendió de otros grandes periodistas como Hermann Terstsch o Alfonso Rojo (con los que, años después, discreparía profesional e ideológicamente, pero hacia los quienes nunca dejó de profesar la gratitud y el reconocimiento que merecen aquellos que, cuando él aún soñaba con llegar a ser periodista, ya andaban jugándose el tipo en Nicaragua, en El Salvador, en Mozambique, en El Líbano o en Angola), era por lo que Marcos Larrazábal profesaba un patológico desprecio hacia quienes practicaban el periodismo de hotel, hacia quienes se autodenominaban reporteros cubriendo la información de la guerra desde sus cómodas habitaciones, hacia quienes iban a todas partes acompañados de mercenarios occidentales armados hasta los dientes y sólo salían al campo de batalla parapetados bajo la protección de una de las partes en conflicto.

A nivel profesional Marcos era un tipo feliz, vivía la vida que había querido vivir, hacía el periodismo que quería hacer y, como además era *freelance*, no tenía directrices editoriales que limitasen su labor periodística.

El mundo de la información había cambiado de manera radical desde sus inicios como reportero y podía decirse que él había sido un adelantado a su época, había sabido presagiar cuáles iban a ser esas nuevas necesidades periodísticas y como cubrirlas para ser competitivo, para que su trabajo fuera demandado, reconocido y generosamente retribuido.

El mantenimiento de corresponsalías en el exterior suponía, para los diferentes medios de comunicación, un elevado coste económico que no siempre arrojaba un balance numérico rentable. Los grupos de prensa eran lo menos parecidos a una ONG y sólo las cuentas de resultados, que presentaban a final de año a sus accionistas, marcaban la política de distribución de medios logísticos y la cobertura de las prioridades informativas de las empresas. En los últimos quince años, el coste medio de mantener una delegación permanente en el extranjero se había multiplicado por cuatro, siendo el sueldo del corresponsal el menor de los culpables de este extraordinario incremento del presupuesto. Respecto a los salarios de los corresponsales de prensa en el extranjero había de todo como en botica, profesionales muy reconocidos que cobraban unos elevados emolumentos y a quienes, además, se les abonaban todos los gastos domésticos derivados de su estancia: el alquiler del piso, el coche, el colegio de sus hijos... En otros casos, profesionales a los que se retribuía mediante un sueldo fijo significativamente menor y después se les abonaba una cantidad extra en función del número de colaboraciones. En cualquier caso y salvo excepciones, aunque el medio de prensa y el prestigio del periodista eran determinantes a la hora de establecer los salarios, los reporteros de televisión estaban bastante mejor remunerados que los de la prensa escrita.

Marcos Larrazábal se había labrado un reputado reconocimiento profesional, sus servicios eran cada vez más y mejor remunerados hasta el punto de convertirse en el periodista *freelance* español mejor cotizado a nivel internacional. Ofrecía a diferentes cadenas de televisión los servicios de un reportero que, pese a su juventud, poseía una dilatada e impoluta hoja de servicios, un periodista capaz de moverse en zonas de

conflicto con la agilidad de un reptil, un reportero acostumbrado a trabajar bajo la máxima presión y en las peores condiciones y que siempre conseguía estar en el lugar exacto donde se producía la noticia. Además, en términos económicos, su coste era sensiblemente inferior al mantenimiento de una corresponsalía propia; tan sólo precisaba de su cámara y de su asistente para plantarse, en menos de veinticuatro horas, en el lugar más recóndito del planeta donde pudiera surgir el conflicto con el que abrir las parrillas de los diferentes noticiarios televisivos.

Se convirtió en una de las caras más populares para los espectadores de diferentes cadenas de televisión españolas, europeas e hispanoamericanas; su rostro y su voz, informando sobre las noticias más impactantes y de mayor actualidad allí donde surgía un conflicto bélico, se hicieron familiares entre la audiencia española de Tele 5, Canal Plus y las cadenas autonómicas TV3, Euskal Telebista, Canal 9 y TVG, y en el extranjero para los televidentes de la televisión francesa BBC, France-24, la checa CT-24, la brasileña TV Globo, Canal 7 de Argentina, la colombiana Cadena Caracol y la mexicana Televisa. En ocasiones, también vendía sus informaciones a agencias internacionales como France Press y Associated Press y, además, colaboraba como columnista habitual en España (*El País*), Argentina (*La Nación*), México (*La Jornada*), Chile (*El Mercurio*) y Ecuador (*El Comercio*).

Su labor como reportero de guerra había sido reconocida con los galardones periodísticos más importantes: antes de cumplir los cuarenta años estaba en posesión del premio «Ortega y Gasset», del «Víctor de la Serna», del «Cirilo Rodríguez», del «Bravo de Prensa y Televisión», del «González Ruano», del «José María Pemán» y del premio «Pluma de la Paz». Nada más iniciarse el año 1994, en el estado mexicano de Chiapas, se produjo el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Marcos Larrazábal consiguió ser el primer periodista en el mundo en entrevistar, para una cadena de televisión, al mítico subcomandante Marcos. Esta entrevista al enigmático líder combatiente, cuya identidad siempre mantenía oculta tras su pañuelo de guerrillero, le catapultó a lo más alto del periodismo, acaparando ese año los más altos reconocimientos periodísticos. En España recibió el «premio Ondas de Televisión a la mejor Cobertura Informativa», el «premio del Club Internacional de la Prensa al Mejor Trabajo Informativo», el «premio Periodista del Año de la Asociación de la Prensa de Madrid» y el «TP de Oro». Por este mismo

trabajo también fue galardonado en el extranjero: en Argentina con el «premio Konex», en México con el «premio CEMEX Nuevo Periodismo», en Colombia con el «premio Latinoamericano de Periodismo de Investigación» e incluso, en los Estados Unidos, donde difícilmente se reconocía la labor de un periodista europeo, mucho menos si se trataba de un profesional independiente y poco favorable a la política exterior norteamericana, fue galardonado con uno de los reconocimientos más prestigiosos a la labor periodística, el «premio DuPont», otorgado por la Universidad de Columbia.

A nivel personal también se sentía casi satisfecho porque en su vida había poco más que periodismo. Le gustaba vivir así, haciendo y deshaciendo la maleta, estando casi siempre fuera de casa; nada más regresar a Madrid ya tenía ganas de volver al tajo, era como si ese primer mundo ya no fuese el suyo, como si no le perteneciese, como si se ahogara en un laberinto de cemento desbocado, fibra de vidrio, hormigón, semáforos, armarios ordenados, horarios y relaciones sociales. En estos breves periodos de inactividad entre una guerra y otra, tenía más compromisos profesionales de los que deseaba; por supuesto que su ego se veía sobradamente recompensado con las entrevistas que le hacían sus colegas de prensa, radio y televisión y con las conferencias a las que solía acudir invitado por alguna de las facultades de periodismo. Precisamente esto, el contacto con quienes anhelaban llegar a hacer lo que él hacía era, con diferencia, la actividad que más le llenaba de cuantas ocupaban sus días en barbecho. Por el contrario, lo que menos le gustaba era el continuo goteo de bolos televisivos que le salían y que era como denominaba a los debates en plató con colegas hacia los que, raramente, sentía respeto profesional y en los que su participación era especialmente demandada por asegurar la polémica y la incorrección política que tanto elevaba los niveles de audiencia; Marcos Larrazábal despreciaba especialmente estos formatos periodísticos donde le ponían a debatir sobre la última contienda bélica junto a periodistas del corazón, que lo más cerca que habían estado de una guerra era cuando abrían la portada de un periódico, por lo que su conocida irritabilidad era proporcional al descontento que estos shows televisivos le causaban y a los que sólo acudía por lo generosamente retribuidos que estaban, con lo cual conseguía el efecto contrario al esperado, a mayores salidas de tono del reportero de guerra en estos espacios, mayor *share* para la cadena y más compromisos televisivos.

Pero pese a su coherencia profesional, Marcos sabía que la televisión era espectáculo, *bussines*, *market share*, *prime time* y otros parámetros (todos con denominación sajona), que poco o nada tienen que ver con el periodismo, ni con la noticia, ni con el debate. Prestarse a ello no sólo le proporcionaba importantes ingresos, sino que contribuía a aumentar su bien ganada fama de periodista indomable, de reportero con criterio distinto y distante al del discurso dominante, sin pelos en la lengua, políticamente incorrecto y en ocasiones, también, excesivamente altivo.

Sin embargo, cuando se encontraba ante un auditorio estudiantil, cuando se dirigía a jóvenes universitarios que aspiraban a imitarle, como él soñó en su día con imitar a otros, entonces se volvía próximo, bajaba del estrado, dejaba la pose y se remangaba para hablar con su gente, con quienes le entendían, o al menos con quienes pretendían entenderle. Y como hicieran con él los grandes maestros, platicaba con cercanía a los alumnos, les hablaba con sinceridad, sin falso paternalismo, sin historias fabuladas. Y les decía mirándoles a los ojos:

—No os creáis lo que veis por la televisión, sencillamente es mentira, las guerras no son eso.

Y mientras veía como iban transformándose las expresiones de los rostros de los futuros periodistas continuaba desmitificándoles la profesión que tanto amaba:

—¿Queréis ser reporteros de guerra? ¡Adelante chavales! Es una profesión muy hermosa pero lo que veis por la tele no es lo que realmente ocurre en una guerra sino lo que las cadenas de televisión quieren que veáis, historias a las que saben que pueden sacarles una rentabilidad, productos de consumo. El resto de la verdad no les interesa porque no vende...

Cuando acababa de decir esta última frase, pedía que se apagasen las luces de la sala y comenzaba la proyección de un vídeo con imágenes, jamás emitidas, grabadas en primera línea de fuego, imágenes filmadas por su propia cámara Aldo Santoro y locutadas por él allí mismo, bajo un incesante sonido de ráfagas de kaláshnikov, de disparos de granadas. Un vídeo que contenía eso que en el argot denominan compactados de brutos (grabaciones del cámara que nunca habían llegado a ser emitidas), provocando la reacción del joven auditorio. Y disfrutaba viendo la rabia de los aún, por fortuna, inocentes aspirantes a reporteros de guerra.

Entonces volvía a hablarles, a calzón quitado, sin formalismo alguno:

—¿Sabéis qué se la pone dura a los jefes de informativos? Que se vean muertos, mucha sangre y apariencia absoluta de *front line*, aunque la mayoría de veces se trate de imágenes obtenidas a doscientos kilómetros de la línea de fuego y los combatientes de uno y otro bando, que ya saben del negocio que supone la prensa, te ofrecen lo que necesites. ¿Qué quieres, grabar soldados con kaláshnikov en mano?. Tantos dólares, aceptamos pagos en Visa, Mastercard y American Express, ¿quieres cuerpos destrozados en medio de una calle aunque previamente tengan que sacarse del depósito en el que llevan días, quieres guerrilleros lanzando granadas? Lo que queráis, *sold images for television, cheap pictures, images that look real, cheap, buy, cheap, cheap...*

Y el reportero, gozando con aquellos chavales que parecían querer empaparse de toda su experiencia les retaba:

—Si de verdad queréis ser periodistas, no existe una posición en la que se pueda hacer mejor periodismo que en la de reportero de guerra, periodismo honesto, periodismo con mayúsculas. Me han disparado más veces de las que puedo recordar, he pasado miedo, muchísimo miedo pero, ¡qué caray! He disfrutado muchísimo y, aunque sepas todos los días que te pueden matar, lo pasas de putísima madre. Si os decidís a ser reporteros de guerra no será como en las películas, pasaréis miedo, entraréis en combate, presenciareis toda clase de escenas sangrientas, pero también descubriréis, que en muchas ocasiones, la historia más importante no es la más obvia, ni mucho menos la más comercial. Comprenderéis que la decisión de emitir o no una noticia por la que os habéis jugado el pellejo la toman otros, aunque lo único que te puede impedir obtener tu historia eres tú mismo. Experimentaréis como el estar al borde de la muerte no tiene nada de emocionante, los héroes no son siempre quienes pensabais de antemano ni los villanos tampoco, entenderéis que no vais a cambiar el mundo pero que a veces vuestro trabajo puede ayudar a reducir el sufrimiento, que vuestra labor como periodistas puede impedir que los tiranos se salgan con la suya, puede revelar las mentiras y las corruptelas de los dirigentes y los políticos y puede ayudar a educar al resto de los ciudadanos...

De vuelta al mundo real demasiadas turbulencias internacionales, demasiados conflictos en su punto más álgido de tensión como para prolongar las vacaciones de un reportero de guerra. Por eso, y porque la cabra tira al monte, en cuanto barrunta que en el lugar más recón-

dito del planeta puede armarse una gorda prepara su mochila, llama a su hombre imprescindible para todo, el Pi, le dice cuándo y dónde deben estar y, en menos de veinticuatro horas, su *assistant* tiene los tres billetes preparados, el suyo, el del cámara Aldo Santoro (un italiano introvertido, con pinta de profesor chiflado y con el que lleva compartidas muchas guerras entre pecho y espalda) y el de este fiel escudero, que además de conseguir los vuelos más inmediatos, también se ocupa del plan de viaje, de la documentación y los permisos pertinentes, del alojamiento, de la intendencia, de la moneda y de la logística.

Y vuelta a empezar, en marcha su Equipo de Combate (como él lo llama). Pese a ser tantas las expediciones en las que juntos se han embarcado, las sensaciones, en el momento en el que el avión despegaba del aeropuerto de Barajas, siempre son idénticas: cosquilleo en el estómago, ansiedad, nerviosismo, un océano de incógnitas y mucha necesidad de improvisación a la que, sobre el terreno, se encargará de ir poniendo soluciones el Pi, un tipo único y socarrón que tiene esa capacidad de solventar problemas sobre la marcha, lo que los valencianos llaman «pensat i fet» (pensado y hecho) y de la que acaso, este peculiar e insustituible asistente ilicitano, es un auténtico maestro.

De este modo, como tantas otras veces, el día de Reyes de 2003, con otra olla a punto de estallar, el periodista Marcos Larrazábal y su Equipo de Combate al completo, Aldo Santoro el camarógrafo (tal y como correctamente lo denominan los iberoamericanos que tantas veces utilizan el castellano con mucha más precisión que los propios españoles) y el Pi, ponen rumbo hacia un Iraq que, por empecinamiento obsesivo del imperialista presidente Bush, promete inminentes y desgarradoras noticias de guerra.

Envía un escueto mensaje telefónico a Fran Sevilla de Radio Nacional de España, a Alfonso Rojo de *El Mundo*, a Jon Sistiaga y Federico Molina de Tele 5, a José Miguel Azpíroz de la Cadena Cope y a Carlos Hernández y Javier Mellado de Antena 3, un amistoso SMS a colegas con los que, más allá de la competencia, comparte un respeto recíproco y una forma similar de entender el periodismo: «¡Otra vez en el tajo!... Con permiso de Bush y de Saddam, nos vemos en Bagdad».

Sabe de sobra con qué miembros de la tribu habrá de encontrarse allí, lo mismo que también está seguro de qué periodistas no verá por la zona hasta que el conflicto haya terminado, momento en el que apare-

cerán triunfantes y sonrientes, perfectamente equipados para la ocasión como si de modelos publicitarios de Coronel Tapioca se tratasen, dispuestos a informar al mundo de las claves de una guerra de la cual, trescientos kilómetros será lo más cerca que hayan estado, con tanta desvergüenza profesional como ausencia de coraje, prestos a apuntarse méritos periodísticos como si se hubiesen jugado el tipo cuando la sangre salpicaba las cámaras de los reporteros gráficos y los cascotes y restos de metralla se esparcían entre blocs de notas, micrófonos, ordenadores portátiles, baterías y mesas de edición de los auténticos reporteros de guerra.

Pero nada de esto le importa. Está pletórico por ponerse nuevamente el traje de faena, esta es la vida que siempre ha querido. Semanas atrás, en una entrevista que le hicieron para *La Vanguardia*, el célebre reportero de guerra reconocía que, también en lo personal se sentía casi satisfecho. Y remarcaba ese casi como desmitificando la idea de la felicidad absoluta y culpando, de algún modo, a su vocación periodística de no haberle permitido encontrar el amor, de no haber podido tener ninguna relación sentimental estable y de no poder pasar más tiempo con su hija.

Y la verdad es que, pese a que su oficio no es el más aconsejable para la buena marcha de una relación, también es cierto que Marcos conoce muchos colegas cuyo trabajo no ha impedido que tengan sus relaciones de pareja como el resto de los mortales o, cuanto menos, como el resto de mortales que por sus profesiones pasan más horas fuera de casa que en su propio hogar. Pero él se niega a aceptar la verdad y esta no es otra más que su propio egoísmo. No cambia el tipo de vida que lleva por nada ni por nadie, sólo una vez estuvo a punto de hacerlo, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Es cierto, tan sólo una vez se había enamorado de verdad, hacía muchos años, en Praga, cuando se iniciaba en la profesión y ese amor duró los dos años en que vivió en la Ciudad de las chimeneas. Tuvo que elegir entre el amor y el periodismo y, a pesar de que muchas veces lo lamentaba, en el fondo eligió lo que más amaba: el periodismo.

Después su vida fue periodismo, todo periodismo y sólo periodismo.

El romance más duradero que tuvo fue con Idoia, la madre de su hija y no duró más de seis meses; de hecho, cuando nació Altea, la relación con Idoia ya hacía tiempo que había terminado. Idoia era una compañera de estudios de cuando cursaba el Máster en Relaciones Internacionales. Se reencontraron años después, cuando ella trabajaba para el Ministerio

de Asuntos Exteriores y, debido a sus frecuentes viajes a países de Oriente Próximo, los fugaces encuentros se produjeron, casi siempre, más allá de nuestras fronteras. Fue un romance intenso, apasionado, pero desprovisto de amor fecundo, de sentimientos duraderos. Cuando terminó quedó una buena amistad en la distancia y una preciosa niña de cuatro años que es lo único capaz de hacer humedecer los ojos de un reportero que no derrama una lágrima jamás. Marcos había visto toda clase de atrocidades, cuerpos descuartizados, hombres ejecutados a sangre fría, mujeres asesinadas después de haber sido brutalmente violadas, niños torturados, fosas donde los cadáveres maniatados se amontonaban los unos sobre los otros... No había monstruosidad capaz de ser perpetrada por un ser humano que el reportero no hubiese presenciado y esto le convirtió en un tipo duro, como lo eran sus viejos maestros; siente, claro que siente, pero rara vez exterioriza emociones, no deja un lugar, por pequeño que sea, para la demostración pública de debilidad o de ternura. Sólo la visión de la fotografía de su hija Altea, que le acompaña allá donde surja cualquier conflicto armado, deja entrever los sentimientos del reportero que en el fondo, además de periodista también es hombre.

El Pi, encargado de toda la logística y con sobrada experiencia en estos menesteres, ha instalado el cuartel general del periodista español en Bagdad en el céntrico hotel Al-Rashid, donde se alojan más de un centenar de enviados especiales de medios de comunicación de los cinco continentes. Pese a las carencias de una ciudad en estado de preguerra, el hotel está suficientemente dotado para que el periodista pueda realizar su trabajo en condiciones óptimas.

Pese a que los reporteros desplazados hasta Bagdad aún sueñan con el incumplimiento de la amenaza norteamericana y la paralización de una masacre cuyas consecuencias pueden ser incalculables, el pesimismo es común a todos los periodistas independientemente del medio para el que trabajen.

En esa tensa espera de acontecimientos, Marcos Larrazábal informa desde la capital iraquí burlando los intentos de censura y los impedimentos a su trabajo, dando cuenta del discurso oficial del régimen: el implacable embargo comercial al que el país está sometido, la imposibilidad de importación, entre otras cosas, de plantas potabilizadoras de agua, la situación del programa petróleo por alimentos, la fe inquebrantable en la victoria de los iraquíes y la consigna repetida

hasta la saciedad: «¡Nuestro pueblo está decidido a resistir hasta el final!».

Pese a que viven un estado de tensión permanente, el Pi encuentra momentos para la diversión, los placeres mundanos y la camaradería; como siempre dice, todo no van a ser penas. Una noche, tras una improvisada cena del Equipo de Combate en la habitación del reportero español, en la que dan buena cuenta de una deliciosa fabada asturiana (que pese a ser de lata ninguno de los comensales es capaz de ponerle la más mínima pega), que además han podido regar con un Cuné del 96 que nadie sabe de dónde ha podido sacar el Pi, el asistente ilicitano anuncia:

—Mañana nos mudamos así que vosotros preparadme las maletas que ya me encargo yo de todo.

—¿Qué pasa —interviene irónicamente el periodista español ante la atenta mirada de Aldo Santoro—, que ya no te convence el desayuno que nos sirven?

—Jefe, no digas gilipolleces —responde el Pi—, los gringuitos de la CNN se mudan al hotel Palestine; ya he reservado tres habitaciones allí para nosotros.

—Eres un fenómeno, Pi —proclama un Aldo Santoro, que debe ser de las personas que menos hablan del mundo y cuyas intervenciones son tan escuetas como infrecuentes—, estás en todo.

El Pi lleva ya muchas guerras entre pecho y espalda y sabe bien cómo intentar salvar sus pescuezos. Alojarse junto a periodistas de los Estados Unidos garantiza que las tropas de Bush jamás bombardeen tu posición. Por eso, a primera hora del día siguiente, siguiendo los pasos de los enviados de la cadena norteamericana CNN, el Equipo de Combate al completo ya está reinstalado en el hotel Palestine.

La entrevista de Marcos Larrazábal al número dos del régimen, Izzat Ibrahim ad-Douri, emitida en *prime-time*, resulta toda una lección de periodismo honesto, independiente, profesional e incómodo para todas las partes en conflicto. Pese a las dificultades que opone el vicepresidente del Consejo del Mando Revolucionario, inamovible en el discurso conocido y monótono del gobierno de Iraq, el reportero ha sabido conducir la entrevista con habilidad, hasta convertirla en un documento informativo de máximo interés internacional y del que, muy a su pesar, se han visto obligados a informar la práctica totalidad de las cadenas te-

levisivas de los cinco continentes, incluidas las americanas CNN, CBS y NBC.

Durante los veinte minutos que dura la entrevista, el reportero español sabe poner contra las cuerdas al comandante militar Izzat Ibrahim ad-Douri, llegando a hacer perder los papeles a la segunda autoridad del régimen, a quien el pueblo conoce como El hombre de hielo. Izzat Ibrahim ad-Douri tiene un aspecto mucho más sajón que árabe, es calvo, pese a cubrir su cabeza con la boina negra del uniforme militar iraquí, luce un poblado bigote al estilo Saddam Hussein, pero de un pelirrojo intenso y sus ojos rasgados son de un color pardo malvado. Al principio de la entrevista, el esbirro del tirano presidente de Iraq se siente cómodo, lanza su proclama antiamericana sabiendo que sus palabras, ofrecidas a un reportero internacional del máximo prestigio, llegarán hasta los más recónditos lugares del planeta. El hombre de hielo, ante el micrófono de Marcos Larrazábal, se explaya a sus anchas:

—Hace dos años, en abril de 2001, el gabinete de Bush ya había tomado la decisión de intervenir militarmente en Iraq, porque se consideraba una influencia desestabilizadora para el flujo de petróleo a los mercados internacionales de Oriente Medio.

El militar se detiene, bebe agua y el reportero español le invita a que continúe:

—Los dirigentes más ultraconservadores de los Estados Unidos —sostiene el militar con estudiada solemnidad—, mucho antes de los ataques a las Torres Gemelas del once de septiembre, presionaban a favor de que el nuevo gobierno norteamericano usara el petróleo de Iraq para destruir el cártel de la OPEP a través de un aumento masivo de la producción por encima de las cuotas de los países exportadores de petróleo.

Marcos Larrazábal tiene muy claro el objetivo que pretende con la entrevista y sabe, como pocos periodistas, cómo manejar los tempos, así que continúa dejando a Izzat Ibrahim ad-Douri que se explaye a sus anchas...

—Desde hace más de un año, los Estados Unidos han puesto en marcha la Operación Focus en el sur del país, aumentando el número global de las misiones y la selección de objetivos en toda la zona de prohibición de vuelos, con el fin de perturbar la estructura de mando militar

en Iraq. El peso de las bombas americanas arrojadas sobre nuestro país ha aumentado, llegando a un pico de 54,6 toneladas en septiembre de 2002

Sin embargo, el cómplice sanguinario de Saddam pierde los nervios cuando Larrazábal le pregunta sobre la matanza de Dujail, sobre la operación Al-Anfal, sobre la destrucción de casi cuatro mil pueblos y ciudades del Kurdistán iraquí, sobre la deportación de doscientas doce mil familias y la desaparición de ciento ochenta mil seres humanos... Tras unos momentos de desconcierto, Izzat Ibrahim ad-Douri trata de recomponer una tranquilidad fingida, pero Marcos Larrazábal ya ha comenzado su ofensiva periodística y no existe manera de detenerle:

—¿Es cierto o no, general, que el dieciséis de Marzo de 1988, después de dos días de ataques de artillería, aviones militares iraquíes bombardearon con armas químicas el pueblo de Halabja?

El número dos del régimen no reacciona, enmudece, sin pestañear se queda mirando fijamente al periodista: el desconcierto y la expresión de ira que se dibuja en su rostro hablan por sí mismas. Pero esto no parece importarle a Marcos Larrazábal que prosigue con su batería de preguntas mortíferas:

—¿Es cierto o no, general, que en esos bombardeos murieron, al menos, cinco mil personas y otras siete mil resultaron heridas, la mayoría de ellas civiles?

El hombre de hielo está derritiéndose ante las preguntas del periodista. El reportero español ve a su entrevistado tocado, muy tocado... Así que antes de que se sobreponga, prosigue de manera incisiva:

—¿Es cierto o no, general, que el ministro de Interior Alí Hasan al Mayid, primo del presidente Saddam, fue el responsable directo del gaseamiento de civiles kurdos en Halabja?

Y, ante el desconcierto de aquel sanguinario militar, Marcos, que conoce muy bien a su operador de cámara y sabe que estará grabando unos primeros planos delatores de un perplejo y abochornado número dos de Saddam Hussein, sigue su ofensiva por mucho que no obtenga respuestas.

—¿Es cierto o no, general, que por esta crueldad el pueblo lo conoce con el sobrenombre de «Alí el Químico»?

Pero aquí el reportero acaba con la impuesta paciencia del vicepresidente iraquí que concluye poniéndose en pie y gritando con muy

malos modos, mientras la cámara de Aldo Santoro, ahora con el piloto rojo apagado, sigue grabando:

—¡La entrevista ha terminado! —grita de manera amenazadora Izzat Ibrahim ad-Douri.

El reportero dirige una rápida mirada a su asistente y el Pi, que llevaba tantos años a su lado, entiende la indicación de su jefe de manera inmediata. Se acerca al cámara y en cuestión de segundos sale del improvisado plató con la cinta original de la grabación escondida en el bolsillo delantero de su pantalón.

Mientras tanto la cámara de Aldo Santoro, con una nueva casete, sigue enfocando a entrevistador y entrevistado en medio de una discusión, cada vez más acalorada. El camarógrafo hace como que no entiende las órdenes que le gritan los asistentes del general, cada vez más irritados, conminándole a detener la grabación.

Marcos Larrazábal intenta ganar tiempo alargando aquel tenso altercado:

—General, ¿por qué terminar ahora? Usted me había concedido media hora y tan sólo llevamos diecinueve minutos. Tengo preguntas que interesan al mundo occidental, quiero saber si...

El hombre de hielo, con los ojos vidriosos y la cara descompuesta grita a escasos centímetros del periodista:

—¡Que la religión de tu madre sea maldita!

Varios militares rodean al reportero mientras Izzat Ibrahim ad-Douri, cada vez más violento, sigue increpándole a gritos y arrojándole los peores insultos en árabe:

—¡El Alá que a mí me salvará será el mismo que a ti te verá morir!

Marcos Larrazábal sabe bien lo que debe hacer, necesita ganar tiempo por lo que vuelve a preguntarle:

—General, el mundo quiere saber qué responsabilidad tuvo el régimen en el aplastamiento de la rebelión chií del noventa y uno...

Pero por más que lo pretende, ya no es posible alargar más aquel guirigay:

—¡Perro, mono! —repite una y otra vez al reportero el dirigente iraquí con los mayores insultos en árabe—, ¡perro, mono!

Finalmente el número dos de Saddam Hussein ordena la detención del periodista y la de su camarógrafo, sin que nadie advierta que

falta un tercer miembro del Equipo. Afortunadamente el Pi permanece siempre en un segundo plano, como si de un convidado de piedra se tratase, sabe pasar desapercibido pero tiene ya muchos kilómetros entre pecho y espalda, también él es todo un profesional en su oficio, está permanentemente atento, pendiente de cualquier necesidad de su patrón. El periodista piensa que, si todo ha salido bien, en aquellos instantes el Pi ya debe estar llegando al hotel y desde allí editará y enviará los brutos de cámara. Se acabó la entrevista y comenzaron los gritos, las acusaciones y los malos modos por parte de los ayudantes del número dos del Régimen. Pese a la agresividad que muestran, Marcos está convencido que no les harán nada:

—Aldo, tú tranquilo —le dice a su cámara intentando transmitirle calma—, no va a pasarnos nada: lo último que necesita Saddam es tener un problema con periodistas extranjeros.

Permanecen casi dos horas retenidos. Les exigen la entrega de la cinta de grabación, pero el periodista español se niega en rotundo a entregarla a sabiendas de que en aquella cinta no hay imágenes pero es preciso alargar al máximo aquella situación, ganar el tiempo necesario para que el Pi haga su trabajo. Son momentos de extraordinaria tensión. Uno de los militares, el más exaltado, pierde los nervios y propina una bofetada a Aldo Santoro. Inmediatamente Marcos Larrazábal salta sobre el militar agarrándole por las solapas; afortunadamente otro militar, más sosegado, (el que mejor hablaba el inglés y con el que más se entienden en medio de aquel follón) los separa e intenta reconducir la situación. El periodista español se dirige de manera amenazante al mismísimo Izzat Ibrahim ad-Douri acusándole de violar la Convención de Ginebra, recordándole que son periodistas occidentales y amenazándole con un escándalo a nivel internacional. El hombre de hielo está confuso, aturdido, noqueado... Parece que toda su frialdad va a derretirse de un momento a otro. Al cabo de un rato ordena a sus subordinados que requisen la cinta de grabación y permitan marchar a los periodistas. Aldo Santoro entrega la casete y los dos periodistas ganan la calle a toda prisa. Sin mirar atrás comienzan a correr hasta que logran parar un taxi que, en cuestión de minutos los deja en la puerta del hotel Palestine. Cuando el Mukhabarat se da cuenta de la tomadura de pelo a la que han sido sometidos por el reportero español, la entrevista ya ha sido difundida por las principales cadenas de televisión por lo que, el temible servicio

secreto de Iraq, poco puede hacer ya contra un periodista al que no desean tener en contra, tanto por su reconocido prestigio internacional, como por su clara posición contraria a la invasión del país.

Después la rutina se impone, Marcos continúa haciendo su trabajo con conexiones diarias desde todos los extremos del país hasta donde se desplaza y sugiriendo todas las caras posibles de la tensa espera de acontecimientos, mostrando a una población civil que no siempre es tan fiel a Saddam y a las consignas de su partido Baaz, como a priori puede parecer. El reportero español abre los informativos desdiciendo los argumentos de quienes sostienen que la población, agotada tras doce años de sanciones internacionales y ante la posibilidad de liberarse de la tiranía sanguinaria, va a recibir con los brazos abiertos a los ejércitos libertadores. No duda a la hora de introducirse en las poblaciones de mayoría chií, los más hostiles al régimen, allá por el sur del país, y para nada constata ese ánimo pro-invasionista que se declara desde occidente. Las conexiones en directo de Marcos Larrazábal desde Nayaf, desde Mosul, desde Basora o desde Nasriyah, muestra cada día los tensos preliminares de una población que se debate entre la lealtad al régimen, el hastío ante la incertidumbre, el miedo tanto a las represalias internas, como a las bombas liberadoras, y el desprecio a los americanos común en cualesquiera de los segmentos de población indagados por el reportero. Muestra al mundo imágenes de Bagdad preparándose para repeler la inminente invasión y poblándose de civiles armados en edificios públicos y empresas estratégicas, en calles y plazas de las principales ciudades, cavando las zanjas que se construyen y se rellenan de petróleo como profilácticas defensas antiaéreas. El reportero español entrevista a muchos de estos civiles, que en grupos de dos, cuatro o cinco vestidos de paisano y armados hasta las cejas, sonríen haciendo con sus dedos el signo de la victoria, mientras invocan a Alá y maldicen a Bush.

La presencia de una nueva colega en la zona, mucho más allá de la competencia profesional, perturba desde hace días la vida del reportero en Bagdad. A ninguno de los corresponsales le ha pasado desapercibida la reciente aparición en escena de la nueva enviada especial de la cadena árabe de televisión Al-Jazyra. Aisha Jalaf es una hermosísima mujer, tiene clase, estilo y, además parece ser, también, una periodista de raza que se desenvuelve con absoluta normalidad en un ambiente bélico eminentemente masculino, sin dejar de lucir en su muñeca un reloj

Gucci de esfera grande y sin separarse jamás de unas gafas de sol Moss Lipow, estilo aviador, que ocultan unos embrujadores ojos negros.

La verdad es que Marcos se siente tan perturbado con Aisha como a ella le ocurre con él. Cuando se ven aparecer, el abrasador sol del desierto parece quemarles mutuamente la piel y sus aparentes imperturbabilidades parecen venirse abajo. Se gustan y sin embargo se evitan cuanto pueden. El uno y la otra parecen conscientes de la fragilidad que les produce esa química que existe entre ambos y adoptan una actitud de distanciamiento, a modo de escudo protector contra los sentimientos, como si se administrasen una vacuna profiláctica contra el enamoramiento.

Los días se suceden mientras los corresponsales de la prensa internacional desplazados hasta Iraq aguardan el inminente inicio de la invasión militar. En esta espera tensa del comienzo de la guerra, sorprende la tranquilidad y las ansias de vivir que emana una población civil, distinta y distante de la preocupación por el previsible ataque bélico que manifiestan las autoridades del régimen. Acaso sea por la cantidad de años en que los iraquíes han vivido inmersos en guerra, o por su ingenuidad de creer que, como los observadores internacionales no encontrarán armas químicas, nunca serán atacados, la gente se muestra tranquila, intenta seguir sus vidas sin sentirse intimidados.

Muchas tardes Marcos camina desde el hotel hasta la calle Rashid cuyo nombre evoca al mítico poeta y músico local; allí está uno de sus locales preferidos, el café Al Zahawi, un establecimiento centenario donde sirven te negro y el mejor *ka'wah* (el café árabe tradicional). Sentado en una de sus mesas, se le pasan horas observando cómo los iraquíes juegan al *blackjack* o al dominó, ajenos a la tragedia que se les viene encima.

Bagdad resulta lo más parecido a una ciudad de cuento de hadas, una urbe impregnada de enigmáticos aromas, olores entremezclados a cardamomo y a clavo, a pistachos y hojaldres, a verduras y frutas. La ciudad de las mil y una noches tiene su propio sonido, el crujido del claxon irritante de los taxis, el runrún insistente del reclamo de los vendedores de pescado, el encanto de la algarabía de los chiquillos a la salida de los colegios, el aullido siempre mágico y repetitivo de la llamada a la oración del almuecín. Y tiene también su propia luz, una luz transversal e irrepetible, el resplandor del sol naciente sobre las aguas mansas del Tigris al amanecer, la claridad de las claraboyas del viejo zoco árabe iluminando

los sinuosos laberintos plagados de tiendecillas de artesanía y ropa, la luminiscencia del atardecer sobre el horizonte de la metrópoli cuando el sol comienza a mostrar sus primeros bostezos.

Pero la madrugada del veinte de marzo, vestida de muerte y desolación, viene a cambiarlo todo.

Ahora, Bagdad, sólo huele a humo y a fuego.

El estruendo que arranca del sueño a los iraquíes es el de las sirenas de alarma; enmudece la noche por el estallido de las bombas y una luz cegadora y asesina cubre el cielo al tiempo que las plácidas aguas del Tigris parecen abandonar precipitadamente su calma para reflejar la devastación de edificios ardiendo junto a su cauce. Inmensas columnas de humo negro se divisan por toda la ciudad invadiendo todos y cada uno de sus barrios...

Al igual que hacen el resto de enviados especiales a Iraq, Marcos Larrazábal pide paso urgente a las cadenas de televisión para las que trabaja y retransmite en directo, desde el balcón de su habitación en el hotel Palestine, las imágenes que filma su cámara Aldo Santoro, instantáneas *on line* de un Bagdad cuyo cielo enrojece a modo de telón que, al alzarse, va a dar inicio al dantesco y lucrativo espectáculo de la guerra.

La guerra ha comenzado.

Apoyado sobre la barandilla del balcón escucha la voz de Aldo Santoro:

—Marcos, cinco y entramos, OK?

El periodista, con la mano, hace una señal a su cámara indicándole que está preparado.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡dentro!

Cuando pasan cincuenta minutos de las tres de la madrugada, hora local, las tropas aliadas acaban de lanzar sus primeros ataques aéreos sobre la capital iraquí.

Las sirenas de alarma comenzaron a escucharse en la noche de Bagdad minutos antes de que el ejército estadounidense lanzase sus primeros misiles de crucero que parecen haber impactado sobre los suburbios del sur, sobre los barrios del este y sobre el centro de la Capital.

El constante aullido de las sirenas anunciando los primeros ataques aéreos, la huella de los misiles rasgando el horizonte

nocturno, el resplandor del cielo y los primeros temblores del suelo revelan, como podrán apreciar en sus pantallas, que desgraciadamente asistimos al inicio de esta segunda Guerra del Golfo, cuyo final es difícil de prever.

Detrás de mí, ustedes pueden ver cómo el cielo de Bagdad se ha cubierto de constantes resplandores a los que acompañan el ensordecedor sonido de continuas explosiones que, supongo, podrán escuchar a través de mi micrófono.

Desde nuestra posición, apreciamos enormes columnas de fuego que tal vez provengan del ministerio de Defensa, del ministerio de Información y del Palacio de la República, objetivos previsibles de la Coalición Internacional. Observamos, también, las insistentes respuestas de las baterías antiaéreas iraquíes situadas en la zona sureste de la ciudad y cuya efectividad suponemos escasa debido a la gran altura a la que parecen volar los aviones estadounidenses F-117.

Pese a lo que pudiera suponerse, en ningún momento se ha cortado fluido eléctrico de la Ciudad cuyas calles permanecen absolutamente vacías; tan sólo, de vez en cuando, observamos el acelerado tránsito de algún vehículo militar.

En este mismo momento, un golpe seco e intenso, ha hecho temblar el suelo del balcón del hotel desde donde les informamos.

Parece ser, parece ser —perdonen las imprecisiones pero estamos informándoles en riguroso directo—, parece ser, decíamos, que un misil ha impactado sobre algún edificio del centro, probablemente sobre alguno de los ministerios.

Si nuestra cámara puede dirigir hacia allí su objetivo podrán observar una tremenda bola de fuego muy cerca del margen occidental río Tigris que atraviesa la ciudad, en el lugar donde se concentra el mayor número de edificios gubernamentales. Ahora mismo una tremenda cortina de humo negro nos impide precisar el lugar exacto donde se ha producido este incendio.

No sabríamos precisarles pero, hasta el momento, deben haber sido más de cincuenta los misiles lanzados por la aviación de la Coalición Internacional.

En directo les informa, desde Bagdad, Marcos Larrazábal.

Ha comenzado el *bussiness* mediático del aplastamiento de Saddam Hussein, la carrera periodística por ver qué cadena mostrará antes o qué reportero de guerra presentará mejor el show de los combates, el avance de las tropas americanas por el desierto, los bombardeos como recurso para derrotar al dictador y para neutralizar sus supuestas y temidas armas de destrucción masiva.

Mientras tanto las calles de España se llenan de ciudadanos indignados que gritan un rotundo ¡NO A LA GUERRA! Pero nada puede hacerse ya para evitar eso que la portavocía de la Casa Blanca ha empezado a denominar «posibles daños colaterales» y que no es sino el eufemismo políticamente correcto con el que los norteamericanos pretenden referirse a los miles de civiles inocentes que perecerán asesinados en su particular cruzada contra el eje del mal. La máquina imperialista norteamericana y la de sus dóciles aliados, entre ellos España, no está dispuesta a detenerse, de modo que lo que ahora importa a los medios de comunicación, o mejor dicho, lo que ahora importa a los propietarios de los medios de comunicación, es conseguir los máximos niveles de audiencia, ofrecer a los telespectadores el acto trágico elevado al máximo nivel, la acción militar como documento épico, los bombardeos, la sangre, los muertos... Primeros planos, mejor cuanto más escabrosos.

Por mucho que trate de convencerse de la noble misión del periodista gracias a quien, al menos, aún existen límites en las guerras, Marcos se sabe y se siente parte de ese circo mediático que tanto desprecia. Entre los profesionales de la información es famosa la cita atribuida al senador aislacionista Johnson «en una guerra la primera víctima es la verdad»... Acaso por su compromiso con la verdad, o sencillamente porque no sabe hacerlo de otra manera, el reportero español hace cada día su trabajo lo mejor que sabe, como lo hace su cámara y su asistente, lo mismo que lo hacen la mayoría de los corresponsales hasta allí desplazados. Manteniendo cuanto puede las medidas de seguridad para su Equipo de Combate y para sí mismo, arriesga hasta el límite —tal y como había hecho en guerras anteriores— pese a la extraordinaria dificultad de trabajar en condiciones extremas. Desde el inicio de la invasión, en cada una de sus conexiones, el periodista español no cesa en denunciar las perversas razones de la guerra, la inexistencia documental de armas de destrucción masiva, las malévolas ambiciones económicas norteamericanas, los bastardos intereses petroleros de la familia Bush,

las inmorales conexiones con las grandes multinacionales del petróleo de los principales integrantes del gobierno de los Estados Unidos, el péfido deseo de aniquilar de la zona cualquier país que se atreva a hacer sombra a Israel... El reportero acusa a las fuerzas invasoras de desarrollar una estrategia de terror contra la población por medio de ataques continuos e indiscriminados contra áreas residenciales que, en ningún caso, son ni debieran ser objetivos militares ni estratégicos.

La mayoría de los iraquíes, pese a que las bombas continúan cayendo a su alrededor, siguen con sus vidas como sin nada ocurriera. Es asombrosa la resistencia del pueblo de Iraq.

Marcos denuncia las terribles matanzas de Saab, Shu'ala y Dailiyya ejecutadas a plena luz del día, los impactos diarios de misiles y bombas sobre los barrios de Bagdad. En cada una de sus crónicas presenta dramáticos testimonios de civiles y muestra sobrecogedoras imágenes de heridos graves ingresados en los hospitales. Durante las tres semanas que dura el asedio retransmite en directo cada uno de los bombardeos sobre la Ciudad, muestra como miles de bombas y misiles de crucero caen sobre la Capital iraquí creando enormes bolas de fuego, provocando explosiones ensordecedoras y levantando grandes columnas de humo.

El seis de abril el Cuarto Batallón de la Tercera División de Infantería del Regimiento de Blindados 64 del Ejército de los Estados Unidos, comandada por el teniente coronel De Camp, inicia la operación «Shock and Awe» destinada a la toma definitiva de Bagdad.

Las tropas estadounidenses entran por el sur de la Ciudad dispuestas a combatir a la Guardia Republicana iraquí, pero no encuentra enemigo con el que enfrentarse. La División Medina, encargada de defender el Palacio de la República, prácticamente ha desaparecido víctima de los intensos bombardeos y de las múltiples desertiones. Los soldados iraquíes arrojan sus armas e intentan escapar de los tanques americanos lanzándose a las frías aguas del río Tigris. Muchos de ellos se despojan, incluso, de sus uniformes azules y en calzoncillos emprenden la huída a nado. La entrada del ejército norteamericano en Bagdad se convierte en un paseo militar. Más allá de algunos francotiradores que les hostigan desde posiciones perdidas, los soldados estadounidenses no tienen oponentes. Por ello, se dedican a destruir las baterías antiaéreas y el armamento de artillería que los iraquíes han abandonado en su huida. El

Cuarto Batallón de la Tercera División de Infantería del Regimiento de Blindados 64 del Ejército de los Estados Unidos se hace con el control del aeropuerto.

El hotel Palestine, sede principal de los corresponsales de guerra, aloja a casi trescientos reporteros de medios de comunicación de todo el mundo. El Ejército norteamericano conoce perfectamente la ubicación de los periodistas internacionales que cubren la información del conflicto. También está perfectamente informado El Pentágono de la ubicación de las sedes de las cadenas televisivas Al-Jazyra y Abu-Dhabi muy próximas al puente por el que las tropas americanas planean ingresar en Bagdad.

El ocho de abril de 2003 Marcos se encuentra en el hotel Palestine y desde allí retransmite los combates que se producen en la caída definitiva de Bagdad. Los últimos defensores iraquíes, a la desesperada resisten en los ministerios de la Juventud y de Planificación. Aviones estadounidenses y británicos bombardean ambos ministerios. Desde primeras horas de la mañana todos los balcones del hotel se encuentran abarrotados de periodistas, de micrófonos y de cámaras que intentan inmortalizar y difundir a los telespectadores de los cinco continentes la esperada rendición de la Capital iraquí.

De pronto los corresponsales, desde sus posiciones, asisten aterrorizados al injustificado ataque de artillería del ejército norteamericano contra las oficinas de la cadena de televisión Abu-Dhabi. En cuestión de veinte segundos más de ciento veinte proyectiles han impactado sobre la fachada principal de la cadena televisiva de los Emiratos Árabes y la azotea del edificio del grupo televisivo salta por los aires. La indignación entre los periodistas es tremenda. El Ejército norteamericano tiene perfectamente identificadas las coordenadas con las posiciones de la prensa, por lo que es imposible que exista un error de cálculo en ese ataque. A gritos, de un balcón a otro del hotel, los reporteros comentan incrédulos las imágenes que acaban de presenciar.

Marcos Larrazábal y su Equipo de Combate comparten balcón con el corresponsal de Antena 3, Carlos Hernández, y con su cámara Jesús Quiñonero. Todos llevan sus chalecos antibalas con la identificación de prensa.

Marcos pregunta a Aldo Santoro:

—¿Has grabado el ataque a Abu-Dhabi?

Antes de que le responda su camarógrafo el Pi, (que es el único que no lleva el chaleco protector porque dice que está muy gordo y que no le cabe) interviene:

—Jefe, pues claro que lo ha grabado, ¿Si no para qué cojones llevo yo aquí dos horas con los prismáticos?

Cada vez que salen al balcón, el Pi se apuesta con sus prismáticos para otear el horizonte e informar a Aldo Santoro de hacia dónde debe dirigir el objetivo de su cámara.

Los corresponsales aún no se han repuesto de su sorpresa cuando comprueban que otro misil del Ejército USA dispara de manera deliberada contra las oficinas de la cadena televisiva Al-Jazyra.

—¡Hostias, que han disparado contra Al-Jazyra! —exclama la cámara de Antena 3 Jesús Quiñonero.

—Ya van dos —añade el Pi—, estos fijo que van a por la prensa, no quieren testigos de nada.

—¡Qué hijos de puta —grita Quiñonero—, que hijos de la grandísima puta!

Muy pronto tienen conocimiento de que en ese ataque ha muerto el periodista palestino Tarek Ayyoub y que ha sido herido de gravedad el camarógrafo Zouhair al-Iraqi.

Ambas instalaciones están claramente identificadas como PRENSA; además, en sus proximidades no existe resistencia alguna a la ocupación que justifique estos ataques por lo que, entre los corresponsales, empieza a cobrar fuerza la idea de que la prensa internacional se ha convertido en un objetivo militar para las fuerzas ocupadoras de los Estados Unidos.

Pese a la incomprensión, a la rabia y a la indignación que sienten, los periodistas continúan el resto de la mañana apostados en los balcones del hotel Palestine realizando su labor, informando al mundo de la acción militar estadounidense, que ahora parece centrarse en un continuo bombardeo de tanques y aviones sobre los últimos y dispersos soldados iraquíes que tratan de vender cara su claudicación, junto al complejo presidencial y los ministerios en la orilla oeste del río Tigris.

Cada vez se van espaciando más los sonidos de disparos. Tras más de una hora sin escucharse ni un solo estallido parece haber llegado la calma. No queda ninguna resistencia en Bagdad, por lo que los periodistas, encolerizados aún por la agresión sufrida por los compañeros

de Abu-Dhabi y Al-Jazyra, comienzan a abandonar sus lugares en los balcones del hotel.

Cariñosamente Carlos Hernández da una colleja a Marcos y le dice:

—Colega, parece que estos cabrones se han quedado ya sin objetivos; si no me equivoco la función de hoy ha terminado. Podemos plegar bártulos y empezar a preparar las crónicas.

—O también, podemos tomarnos un *gin-tonic* a la salud de Saddam Hussein —bromea desperezándose Larrazábal—, o dos, o mejor casi que tres...

Mientras Quiñonero, Santoro y el Pi se quedan recogiendo cámaras, micrófonos y cables, Larrazábal y Hernández se retiran a sus respectivas habitaciones convencidos de haber presenciado el final del espectáculo del día.

Marcos llega agotado a su habitación, sin quitarse siquiera las botas se tiende boca arriba en la cama, enciende un cigarrillo y comienza a preparar mentalmente cómo editará la noticia que, con toda seguridad, va a abrir los informativos de las cadenas para las que trabaja. Ha sido una mañana dura, está cansado, muy cansado y sin darse cuenta termina por quedarse dormido. No llevaría ni diez minutos durmiendo cuando le despierta un ruido ensordecedor, un zambombazo que ha impactado contra el hotel. Una nube de polvo lo invade todo. Escucha gritos, ruido de cristales y cascotes desplomándose. No tiene ninguna duda de que les han atacado; lleva ya muchas guerras como para identificar perfectamente que alguien ha disparado contra su posición y, además, que ha hecho blanco. Han arremetido contra su propio refugio, el hotel Palestine, el hogar de la mayoría de periodistas que cubren el conflicto... Se incorpora de un salto, sale al pasillo, se encuentra con compañeros y, poco a poco, va asimilando la tragedia. Grita al enterarse de la muerte de Taras Protsyuk, compañero de la agencia británica Reuters y blasfema en cinco idiomas al saber que José Couso, cámara de Tele 5, ha sido evacuado gravemente herido. Además de blasfemar, el reportero maldice a Bush, a Blair, a Aznar y a las madres que parieron a los tres, pero no llora, no derrama ni una lágrima. No son los primeros colegas a los que ve morir y él, acaso por desgracia, hace mucho tiempo que ha dejado de llorar...

En medio del tumulto aparece corriendo el Pi que, al encontrarse con Marcos, le abraza con fuerza. Llega jadeando, casi sin respiración:

—Gracias a Dios, jefe, pensé que te habían dado —solloza el asistente del reportero.

—Tranquilo, Pi, yo estoy bien. ¿Tú, estás bien, sabemos algo de Aldo?

—Aldo está bien, acabo de verlo, bajaba a la calle a grabar imágenes de lo que ha pasado.

—Venga, pues, vamos a la faena —contesta el periodista—. Bajamos a grabar.

Pese al estupor y la indignación, Marcos saca inmediatamente al periodista que lleva dentro. Con el Pi pegado a sus talones, saltando entre cascotes y escombros, baja de tres en tres los escalones hasta alcanzar la calle. Allí encuentra a Aldo Santoro que ya está grabando imágenes. Con las manos se alisa los cabellos, respira profundamente y coge el micrófono que le entrega su asistente. Mira a lo lejos hasta localizar el taque asesino, se abrocha los dos últimos botones de la camisa y pregunta a su compañero:

—Aldo, ¿estás preparado?

—Cuando quieras, Marcos —responde el técnico—, ya he grabado los planos de recurso y al tanque lo alcanzo desde aquí.

—¿Seguro que te da para alcanzar al tanque? —inquire el periodista.

—Está comprobado —responde el italiano—, no te preocupes que saldrá el tanque.

—Venga pues Aldo, entonces, entramos... —afirma con contundencia el reportero.

—OK, jefe, contamos cinco y dentro —responde Aldo Santoro, cámara en mano.

Y comienza la acostumbrada cuenta atrás el camarógrafo:

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡dentro!

El Ejército de los Estados Unidos acaba de disparar contra la prensa internacional. Hace escasos minutos que un vehículo motorizado del ejército estadounidense ha disparado contra la fachada del hotel Palestine, donde nos alojamos los corresponsales de prensa y desde donde les estamos informando. Han disparado contra nosotros, contra la prensa internacional sin justificación alguna para esta agresión; el tanque que aparece al fondo de sus

pantallas, un M1A1-Abrams perteneciente al Cuarto Batallón de la Tercera División de Infantería del Regimiento de Blindados 64 del ejército de los Estados Unidos, ha disparado su cañón de 120mm contra el hotel Palestine. El disparo ha impactado de lleno en la habitación 1403 del piso quince. Pese a que este inadmisibles ataque acaba de producirse, estamos en condiciones de confirmar la muerte del periodista ucraniano Taras Protsyuk. Aún desconocemos si existen más víctimas mortales pero también podemos informarles que nuestro compañero José Couso, cámara de Tele 5, ha sido herido de gravedad y en estos momentos está siendo trasladado a un centro hospitalario

Les informa en directo, desde Bagdad, Marcos Larrazábal.

Marcos y su Equipo de Combate siguen con vida gracias a cuatro alturas; sus habitaciones se encuentran exactamente en el mismo lugar donde ha impactado el proyectil asesino estadounidense, sólo que, gracias a Dios, a Alá o a la divina fortuna, cuatro plantas más abajo.

Nada más terminar la grabación Marcos encuentra, en el vestíbulo del hotel, a Olga Rodríguez y de inmediato le pregunta:

—Olga, ¿qué sabes de Couso?

La periodista de la Cadena Ser tiene la cara desencajada y el pelo completamente blanco por el polvo.

—A José le han dado de lleno. Le hemos hecho un torniquete en la pierna como hemos podido, tenía el cuerpo completamente ensangrentando. Le han tumbado encima de un colchón y entre Sistiaga, Quiñonero y Pliego lo han bajado por el ascensor. Lo han llevado al hospital en un Lada que no sé de quién es ni de dónde ha salido.

—¿Y Taras Protsyuk? —pregunta Marcos.

—A Taras el tiro le ha reventado el estómago —contesta Olga Rodríguez secándose las lágrimas que le resbalan desde los ojos hasta las comisuras de los labios.

—Nosotros nos vamos al hospital —dice el reportero—, ¿tú qué haces?

—Me voy con vosotros.

Cuando Olga, Marcos, Aldo y el Pi llegan al hospital San Rafael, al que suelen acudir los periodistas cuando tienen algún problema de salud, les comunican que Couso ya no está allí; el hospital San Rafael es

un modesto centro sanitario atendido por monjas y escasamente dotado de recursos. Les informan que el cámara de Tele 5 llegó muy grave, que le practicaron unas primeras curas y que inmediatamente fue derivado al hospital Ibn al Nafis de Bagdad.

De modo que ahora se dirigen al hospital Ibn al Nafis. En cuanto llegan encuentran el pasillo de urgencias abarrotado de periodistas. Sin preguntar, tan sólo compartiendo miradas, miradas cómplices, miradas de incertidumbre, miradas de rabia... Marcos va saludando a todos los que encuentra a su paso, a Carlos Hernández y a Jesús Quiñonero con los que había compartido balcón durante toda la mañana... También ve a Paul Pascale, compañero del asesinado Taras Protsyuk de la agencia Reuters con el que, sin mediar palabra, se funde en un abrazo. Al fondo del pasillo lloran tres valerosas reporteras, tres intrépidas periodistas que, en esos momentos, tan sólo tres apenadas mujeres: Ángeles Espinosa corresponsal de *El País*, Mónica García Prieto periodista de *El Mundo* y la corresponsal de Al-Jazyra Aisha Jalaf. La espera es tensa, siguen sin ninguna noticia sobre el estado de Couso; lo único que tranquiliza a los periodistas es saber que está siendo intervenido por el doctor Faisal, el cirujano jefe del hospital Ibn al Nafis que pasa por ser el mejor especialista de Iraq.

Marcos y el Pi salen del hospital a fumar. En la calle ya no se escucha ningún disparo. Sólo el sonido de las sirenas de las ambulancias perturba una Ciudad que, tras los intensos combates de la mañana, parece haber enmudecido. Al momento se une a los españoles Fernando Pellegrini, reportero italiano de la RAI famoso por ser el mayor gorrón de tabaco de todos los corresponsales de guerra y, como es de esperar, les pide un pitillo. Se van incorporando al grupo Rafael Cavada de la televisión chilena TVN, Gustavo Sierra del periódico argentino Clarín. No hablan, cada uno permanece absorto en sus pensamientos, sumergido en su dolor, preso de su desasosiego; fuman sin apenas levantar la vista del suelo. En esas están cuando ven salir por la puerta del hospital al corresponsal de El Periódico de Cataluña, Antonio Baquero que les hace un gesto conminándolos a entrar. Apresuradamente apagan sus cigarrillos, entran en el hospital y en el corredor de urgencias encuentran a todos los compañeros rodeando al reportero de Tele 5 Jon Sistiaga y al amigo íntimo de José Couso, el cámara de Televisa Jorge Pliego, que recién salen de la zona de quirófanos. Las caras de ambos reflejan una preocupación extrema.

Sistiaga se dirige a sus compañeros:

—José está muy jodido, lleva mucho tiempo en el quirófano. El doctor Faisal ha salido un momento para decirnos que la cosa pinta mal, bastante mal. De momento siguen operándole.

El periodista de Tele 5 hace una pausa; el montón de compañeros que les rodea no pronuncia ni una palabra. El silencio se puede cortar. Ahora es Jorge Pliego quien habla:

—Volvemos dentro, cuando tengamos novedades saldremos. Gracias a todos por vuestro apoyo.

Casi una hora después se confirma la peor de las noticias: José Couso ha muerto.

Muchos reporteros gráficos siguen llegando al hospital Ibn al Nafis para interesarse por su compañero. Desolados al conocer su fallecimiento se agrupan en torno al mexicano Jorge Pliego; todos saben que José Couso y el cámara de Televisa eran como hermanos y comparten, en silencio, su indignación y dolor: Aldo Santoro, Gervasio Sánchez, Jesús Quiñonero, el sueco Bengt Norborg del canal pSVT, Sergey Loiko de *The Angeles Times*, Patrick Baz de la agencia France-Presse, Lynsey Addario de la agencia VII Photo, el griego Yannis Behrakis, la reportera gráfica francesa Alexandra Boulat, el fotógrafo argentino Carlos Barria... El conductor iraquí Safa Malyid Abdul, que trabaja para Tele 5 y que no se había despedido de Couso desde su llegada a Iraq, desconsolado se abraza con el Pi.

Marcos vuelve al hotel sin despedirse de nadie; él es así, prefiere no exteriorizar sentimientos sobre todo cuando estos pueden dejar al descubierto su fragilidad. Tan sólo ha cruzado su mirada con sus compañeros de Tele 5 Federico Molina y Jon Sistiaga y no han sido necesarias las palabras.

En pleno orgasmo político de la Casa Blanca, Marcos Larrazábal abre en directo los noticieros, mostrando la entrada del Ejército estadounidense por las calles de Bagdad y las imágenes de civiles iraquíes derribando la estatua de Saddam Hussein.

La noche siguiente Marcos está solo en el bar del hotel Palestine, solo pese a estar el local repleto de periodistas que, en diversos grupos, en la barra y en las mesas, comparten la indignación y el dolor por el injustificable ataque estadounidense que ha acabado con la vida de Couso y Protsyuk.

En circunstancias dolorosas busca siempre la soledad, el distanciamiento y la interiorización de cuanto pueda sentir. Jamás exterioriza sus sentimientos; por eso, esa noche, pese a ser consciente de que comparten la misma rabia que él, no quiere relacionarse con ninguno de sus colegas. Al fondo, sentado en una mesa y ligeramente protegido por una columna que lo hace difícilmente visible, Marcos ha decidido emborracharse. En este oficio cada quien vive y sobrevive a los dramas de la guerra a su manera; para el reportero español la soledad, bañada por un incontable número de *gin-tonics*, le ayuda a sobrellevar el mundo que le rodea y en ocasiones, más que una alternativa, la embriaguez es una imperiosa necesidad.

El Pi ha desaparecido a primera hora de la mañana y no se le ha vuelto a ver el pelo. Si fuera cualquier otro ya estarían movilizados todos los compañeros de la prensa porque, a pesar de la extrema competencia que supone la obtención de exclusivas, en todo lo relacionado con la convivencia y la seguridad, los periodistas son un ejemplo de camaradería más allá del medio de comunicación para el que trabajen o del país de procedencia. El Pi regresa al hotel cerca de las nueve de la noche y se encamina directo a la cafetería: sabe bien dónde y cómo encontrará a Marcos. Conoce a su jefe como a sí mismo. Se acerca hasta la esquina donde se encuentra, le da un abrazo y se despide con un apretón de manos sin preguntarle, siquiera, si prefiere seguir bebiendo solo: conoce perfectamente la respuesta.

El reportero nota que su asistente le ha dejado algo en la mano y, cuando el Pi se marcha, advierte que es una bolsita de plástico anudada que, con seguridad, contiene cocaína. Se lleva una sorpresa, no sólo porque ahora sus penas, además de regarlas con *gin-tonics*, las esnifará con coca, sino por la destreza y los cojones que tiene su asistente. Primero para saber, que después de tanto tiempo sin probarla, hoy le vendría de puta madre meterse algunos tiros. Y segundo, porque es una auténtica proeza en un país árabe, que además está en guerra, conseguir donde proveerse de farlopa. Así es su asistente, un tipo muy especial y capaz de cualquier cosa.

Se marcha inmediatamente al baño sin soltar de su mano cerrada el regalo inesperado que le ha hecho el Pi, cierra la puerta por dentro, pese a estar impecable con papel higiénico limpia la tapa del inodoro, se sienta en el suelo, abre con delicadeza la bolsita y piensa «este cabrón, por lo

menos, ha conseguido tres gramos», con la tarjeta de la habitación extrae la cantidad suficiente para drogarse, cierra la bolsa con idéntico esmero que puso para abrirla y la coloca dentro de las botas que calza, ayudándose con la tarjeta va aplastando las piedrecitas de cocaína hasta dejarlas lisas y después forma una raya de aquel polvo blanco tan grande que parece un caballón, se dice a sí mismo. «Hace tanto tiempo que no la pruebo que hoy me la meto toda de tirón», de la cartera saca un billete de cincuenta dólares y duda si doblarlo hacia la cara en la que aparece el ex presidente Ulysses Grant o hacia el reverso con la imagen del Capitolio de los Estados Unidos. Lo último que hace, antes de atizarse, es cagarse por enésima vez en Bush, en todos sus antepasados y en los militares que ocupan Iraq matando a civiles inocentes y disparando conscientemente contra periodistas. Finalmente hace el rulo con el Capitolio hacia dentro (hasta para esto es maniático), lo introduce en su fosa nasal derecha y tapa con un dedo la otra fosa. Se acerca a la taza del wáter y aspira tan fuerte que de inmediato nota como desciende una gota por su garganta, una gota amarga y a su vez agradable. Por lo buena que parece estar la farlopa o, tal vez por el tiempo que hace que no la probaba, la encuentra tan pura como la que se metía en la selva de Colombia, (en aquella época en cantidades peligrosamente excesivas), cuando estuvo haciendo aquel reportaje sobre las FARC.

Ahora Marcos, mucho más despejado pero también mucho más melancólico, vuelve a su refugio en la esquina más alejada de la cafetería del hotel Palestine. Piensa en su hija y en la mierda que tiene que ser que tu padre sea reportero de guerra; por mucho que a la niña le llene de orgullo que compañeros de clase y profesores continuamente le digan «hemos visto a tu padre por televisión», lo cierto es que Altea tampoco ve a su padre en muchas ocasiones. Cada vez que la niña le reprocha el poquísimo tiempo que comparten le larga el mismo discurso que ahora le resulta hasta hiriente: «Altea, princesita, papá está siempre fuera para ganar dinerito y poder darte todos los caprichos». Será el alcohol o la cocaína que comienza a hacerle efecto, o la mezcla de ambas cosas, pero Marcos está teniendo un ataque de sinceridad consigo mismo. Es verdad que, gracias a que gana bastante dinero haciendo su trabajo, entrega a Idoia, para la manutención de la niña, no menos de cuatro mil euros mensuales (no existe ninguna pensión establecida judicialmente, porque ni Idoia ni Marcos pertenecen a esa repugnante mayoría capaz de convertir la manutención de los hijos en arma de combate). Cuando

Idoia quedó embarazada no pidió nada a Marcos; tampoco hizo falta. Ambos tienen como prioridad en sus vidas a la hija en común, pese a que entre ellos no exista un amor que tampoco existió nunca. Idoia gana un buen sueldo como funcionaria del Ministerio de Asuntos Exteriores y Marcos es un tipo que desprecia los bienes materiales. Le gusta la ropa, la ropa buena y de marca, y la literatura y la música clásica, pero compra más prendas de las que puede vestir, más libros de los que tiene tiempo de leer y más CDs de los que puede disfrutar escuchando plácidamente tumbado en el sofá de su casa, ¿para qué querría, pues, el dinero, sino para contribuir a que su hija tenga el mejor nivel de vida posible, para asegurar su formación y su futuro? Acaso porque la muerte de sus compañeros le hace pensar que ahora podía ser él quien fuese noticia necrológica, o por esa hipersensibilidad causada por la mezcla de ginebra y de ese mágico y destructivo polvo fino y blanco, Marcos se siente un farsante, un embustero capaz de engañar a su propia hija: él no vive con la niña, no la ve crecer, no duerme junto a ella por las noches ni se levanta a cuidarla cuando está enferma, no monta con ella en bicicleta ni la lleva a patinar porque prefiere su vida, su periodismo, su mundo, antes que su propia hija. Es un egoísta. El más grande de los egoístas.

Debe andar por el cuarto *gin-tonic* cuando, pese a estar de espaldas, percibe el envolvente olor a Chanel Allure, que impregna de sensualidad allí por donde pasa. Marcos nota la suavidad de sus manos acariciándole el cuello; mira de soslayo para ver si algún compañero la está observando y comprueba que efectivamente, no uno sino todos los corros formados por periodistas callan para admirar cada paso, cada gesto de la princesa del reporterismo de guerra.

Aisha Jalaf es mucho más que una imagen; la reportera de la cadena Al-Jazyra se ha ganado el respeto profesional que en un principio le habían negado el resto de compañeros creyendo que sería la típica estrella que aparece en medio de una guerra, rodeada de todas las medidas de seguridad, para grabar un programa en el que pareciese ser una periodista de extraordinario valor, por mucho que la guerra sólo la hubiera conocido desde bien lejos. Aisha Jalaf es hija de un acaudalado empresario jordano, ha estudiado periodismo en Londres y aunque es capaz de mantenerse siempre divina en medio del mayor de los conflictos, los reporteros advierten pronto que «los tiene bien puestos», que se la juega incluso más que alguno de ellos en muchas ocasiones.

Aisha, de pie, se inclina para hablarle al oído. Están muy alejados del resto y no hace falta, siquiera, bajar la voz para no ser escuchados.

Muy suave, con ese castellano tan dulce que habla como los indios, le dice:

—Marcos, ya sé que estás mal, todos estar mal, yo también estar muy mal. Esta noche no quiero estar sola, ni con nadie que no seas tú. Esta noche te necesito a ti. Te necesito a ti, Marcos, te necesito a ti... Te espero en habitación mía. Por favor, ven —y acompaña ese último ruego con un pequeño mordisquito en el lóbulo de la oreja—, ven por favor, yo espero.

Por el espejo que tiene frente al sillón que ocupa contempla, atónito todavía, como Aisha cruza nuevamente la cafetería en sentido opuesto, con esa manera de caminar tan sensual, con esa feminidad única en un mundo árabe.

Aisha es una mujer occidentalizada que, acaso más por coquetería que por creencias religiosas, sigue utilizando el *hiyab* que puesto en ella se convierte en un mágico y elegante accesorio, un pañuelo Loewe en color crema de seda que hace de esa prenda, obligatoria para la mujer en la cultura musulmana, un toque entre *fashion* y retro al estilo de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Esa noche viste una camiseta blanca de manga larga con lentejuelas de Giorgio Armani, unos pantalones Marc Jacobs, estilo comandos, con bolsillos a los lados de color beige que, pese a ser masculinos, no son capaces de disimular un precioso culo respingón; además, Aisha calza unas botas Martens de caña corta y piel negra.

Ha deseado a esa mujer desde el primer instante en que la vio y sabía de sobra (porque esas cosas se notan), que esa atracción era mutua, pero intuía que jamás tendría nada con Aisha, porque una relación con una mujer árabe, en Iraq y en plena guerra, se le antojaba una misión imposible. El reportero no sale de su asombro, demasiados *gin-tonics*, demasiada cocaína... Cierra los ojos y sacude la cabeza de un lado a otro como para asegurarse que es cierto, que no se trata de una alucinación producto del alcohol y la droga. ¡Aisha, Aisha, Aisha...! En medio de una guerra la actividad sexual de un reportero es nula por lo que, cada noche, se ha masturbado pensando en Aisha, soñándola suya, imaginándola poseída por él. Descreído aún, abandona su parapetado lugar en la cafetería y sale en dirección al vestíbulo, sin molestarse en responder a la llamada de algunos compañeros.

Por los habituales cortes de suministro eléctrico, los periodistas, después de algunos incidentes ocurridos, han decidido no volver a utilizar los ascensores, por mucho que esto les suponga tener que subir y bajar incontables veces al día una cantidad de escalones que ya todos tienen memorizados.

Marcos sube andando las cuatro alturas que le separan de la habitación de la jordana; se detiene durante un buen rato ante la puerta de la habitación de Aisha, intenta recuperar la normalidad de la respiración, aún fatigada por el ascenso, trata de controlar un nerviosismo casi adolescente. Toca con los nudillos, la puerta se abre al instante.

El primer beso llega allí, con la puerta de la habitación aún abierta que Marcos, sin dejar de besarla, cierra con el pie. Hunde sus manos en aquellos cabellos negros y rizados. Deja que sus dedos se deslicen por el cuello de Aisa Jalaf y por detrás de las orejas. Siguen besándose tanto que Marcos acaba por comerse el húmedo carmín de la joven árabe. Suavemente Aisha separa sus labios de los de Marcos, agarra sus manos con deliciosa ternura y sin dejar de mirarle a los ojos le dice:

—Marcos, te deseo desde el mismo momento en que te conocí.

Él intenta hablar pero ella, poniendo dos dedos sobre su boca, le manda callar y sigue diciendo:

—Hoy es el día, hoy es el muy gran día para mí. La vida puede durar tan poco y yo no quiero ser como mi madre. Yo no quiero ser como mi madre...

Marcos vuelve a besarla, ahora muy lentamente, con mucha más ternura que pasión, con tanta dulzura, de una manera casi pueril; siente una taquicardia como si el corazón se le fuese a escapar del cuerpo. Acariciando su espalda, va descendiendo sus manos hasta llegar a sus nalgas que agarra con fuerza para apretarla contra él, haciendo que note la dureza de su miembro. Sigue besándola y piensa que podría estar besando aquellos labios eternamente. Marcos se retira tan sólo unos segundos y abre los ojos para mirarla de nuevo, para cerciorarse que es verdad, que eso no es el sueño lascivo que tantas veces le ha acompañado. La ve aún mucho más bonita de lo que le había parecido hasta entonces. Desliza suavemente hacia atrás la cabeza de Aisha y recorre, casi con timidez, su labio superior y después su labio inferior, vuelve a sellar sus labios con los de ella, deja que su lengua penetre en la boca de la joven con lentitud, de forma melosa, acariciando cada milíme-

tro de su interior, haciendo de ese beso mera poesía, deleitándose con su paladar, explorando cada uno de sus dientes hasta alcanzar la rama ascendente de su mandíbula, transitando sosegada y repetidamente su lengua desde el suelo de la boca hasta el vértice lingual, aspirando su saliva y bebiéndosela con placer. Suavemente la voltea colocándola contra la pared, de espaldas a él.

Entre suspiros, con un hilo de voz casi inaudible, Aisha repite:

—Marcos, te amo, te amo... Yo no quiero ser como mi madre.

Él aparta lentamente sus cabellos y comienza a besarla alrededor del cuello, con calma, escuchando cada vez más los suspiros de Aisha que debe estar notando toda su virilidad contra sus nalgas. Le quita la camiseta y el sujetador; con las yemas de sus dedos acaricia muy suavemente los delicados pezones de la muchacha, primero uno, después el otro. Con las palmas de las manos se va apoderando de unos pechos pequeños, erguidos y hermosos, hasta hacerlos completamente suyos; los suspiros han dado paso a gemidos cada vez más intensos. Desciende sus manos por el vientre liso y suave de Aisha hasta desabotonar su pantalón, jugando, con sus dedos por encima de las bragas. Aisha nota cómo pierde las fuerzas de sus piernas y cuando cree que va a caer él la toma en sus brazos y la lleva hasta la cama. Allí acaba de desnudarla, agachado a sus pies, descalzándole las botas, quitándole el pantalón... Marcos se desviste en segundos y se inclina ante ella; así, postrado, rendido ante su belleza toma sus pies, los lame muy suavemente, desde el talón hasta las puntas de los dedos, primero uno y después el otro. Sus besos van ascendiendo por las piernas hasta perderse entre ellas, donde aloja definitivamente su cabeza; cuando comienza a estimularle el clítoris con la lengua, Aisha cree que se le va la vida, nota una presión entre dolorosa y placentera en la parte baja de la pelvis, un hormigueo intenso se instala en sus entrañas, siente calor, mucho calor y su respiración se agita hasta creer que va a perder el aliento, jamás su corazón ha latido a tal velocidad, le tiemblan las piernas y los brazos; siente que ya no puede aguantar más, agarra del pelo a Marcos y nota una explosión de placer que surge desde su vagina alcanzando el clímax, un primer orgasmo mágico. Marcos se acuesta junto a ella, acaricia sus cabellos y espera pacientemente a que se recupere. Después vuelve a besarla, vuelve a jugar con todo su cuerpo, se tumba sobre ella y la penetra muy suavemente, entra y sale de la mujer a su antojo, aumenta el ritmo de sus embestidas y cuando ella

cree enloquecer, cuando le gritaba que siga, que no pare, lejos de hacerle caso se detiene bruscamente, sale de su interior y comienza a jugar de nuevo con ella. Es él quien marca el ritmo y la cadencia, imponiendo en cada momento su estado anímico y emocional. Le está haciendo el amor como si interpretara la *Sinfonía número cinco de Tchaikovsky* que tanto le gusta, un acto sexual estructurado en cuatro movimientos, al principio, el *Andante-Allegro con ánimo*, después el *Andante cantabile con alcuna licenza*, posteriormente la majestuosidad de *el Valse*, en *Allegro moderato* y culminando con un final apoteósico, el *Andante maestoso-Allegro vivace*; en un instante pasa de la pasión más lasciva a la ternura más inocente. Acaricia cada centímetro de su cuerpo y Aisha se estremece, se eriza, vibra al compás que él le dicta, vuelve a lamerle toda, miles de veces recorre con la lengua sus pezones, aprieta suavemente sus pechos, jugando con ellos, después los estruja, bebe a Aisha, se embriaga de Aisha, entra de nuevo en su cuerpo ahora con ansia posesiva, con la fuerza del macho que hace suya a la hembra: levanta una de las piernas y la coloca sobre su hombro, después hace lo mismo con la otra y así, toda abierta para él, toda ofrecida a él, arremete con todas sus fuerzas, casi con violencia, a cada acometida suya responde Aisha con convulsiones, le arranca gritos que deben haber sido escuchados en todo el hotel. Marcos se tumba boca arriba y hace que sea Aisha quien ahora le monte a él, ella se mueve y él acaricia sus pechos, su espalda y su culo, provocándole, otra vez más, una sacudida indescriptible de placer. Después cae rendido a su lado y así, acariciándose ambos, besándose hasta el infinito, acaban por quedar dormidos.

A la mañana siguiente, Marcos se despierta mientras Aisha aún duerme. Retira la sábana para contemplarla desnuda, frágil y hermosa, toda su belleza que en esos instantes son exclusivamente para él. Se ducha y se acerca a la cama; ya ha despertado. Le besa tiernamente y antes de marcharse dice:

—Niña, ha sido maravilloso. Por cierto, habrá que cambiar las sábanas, se ve que estabas con la regla.

Aisha logra contener el llanto hasta que Marcos sale de su habitación. Entonces llora desconsoladamente. Ha sido su primera vez, el primer y único hombre en su vida.

Tras el final de la invasión, a Iraq llega cualquier cosa menos la paz.

El trece de diciembre Marcos Larrazábal informa desde Bagdad de la detención del ex presidente iraquí Saddam Hussein, localizado en un zulo oculto de una granja en las inmediaciones de Ad Daur, próximo a Tikrit, su localidad natal.

«Lo tenemos». Estas dos palabras de Paul Bremer, administrador civil de EEUU en Iraq, junto con las imágenes que los norteamericanos exhibieron tras su captura de un Saddam Hussein con aspecto de por-diosero, provocan el orgasmo televisivo que anhelaban los propietarios de las cadenas. El tirano ya está preso y ahora toca hacer caja, conseguir las mejores exclusivas informativas, ser los primeros en ofrecer detalles. La noticia de la detención se extiende por todo el país y en Bagdad, cientos de personas, se concentran en la plaza del Paraíso para celebrarlo con disparos al aire y muestras de alegría desbordada. Al norte de Iraq, en la zona petrolera de Kirkuk, donde la represión del régimen depuesto contra una población de mayoría kurda había sido especialmente virulenta, los festejos por la noticia congregan, de manera espontánea, una masiva manifestación que llena el cielo de proyectiles. Las muestras de satisfacción por la detención del ex presidente se suceden a lo largo y ancho de toda la geografía iraquí, al otro extremo del país, en la ciudad de Basora controlada por las tropas británicas, en Diwaniya, sede de las fuerzas militares españolas...

Pero, cuando sobre Bagdad cae la noche, las muestras de júbilo por la detención de Saddam Hussein se ven empañadas por diversas explosiones que causan dieciséis heridos de gravedad. En el barrio de Karrada, elementos leales al presidente detenido hacen explotar un camión cisterna repleto de gasolina y el estallido de un coche bomba, estacionado en las inmediaciones del hotel Palestine, interrumpe de manera violenta el sueño de los corresponsales de guerra allí alojados sin que, por fortuna, se registre ningún herido.

Nuevamente Marcos Larrazábal es el primer periodista no norteamericano que obtiene, en exclusiva, una entrevista con el general Sánchez, máximo responsable militar de la Coalición:

—General, ¿cómo se ha producido la detención de Saddam Hussein?

—El tirano ha sido arrestado en la localidad de Ad Daur junto a otros dos iraquíes.

—¿Podría decirnos cómo ha sido la operación?

—La detención de Saddam Hussein se ha producido en el marco de la operación «Amanecer Rojo», en la que han participado cerca de seiscientos soldados de la Cuarta División de Infantería, a las órdenes del general de División Raymond Odierno

—¿Opuso resistencia el ex—presidente iraquí?

—En absoluto ¡lo cazamos como a una rata! De hecho no fue necesario disparar ni un solo tiro.

—General, ¿ha visto usted personalmente a Saddam Hussein? ¿Podría decirnos en qué estado se encuentra?

—Sí, he hablado con el dictador cara a cara, parece que está bien de salud, pero eso lo confirmaremos cuando sea sometido a reconocimiento médico. Por lo demás, está resignado, hablador y colabora con los militares.

—¿Tiene conocimiento de cuáles eran los planes de Saddam, pensaba huir, tenía colaboración en la zona?

—El tirano ha sido detenido con una maleta en la que llevaba setecientos cincuenta mil dólares en efectivo, probablemente esperaba poder escapar de su escondite.

—General Sánchez, ¿dónde se encuentra ahora el detenido?

—No puedo contestarle a esa pregunta. Sólo le confirmo que se encuentra perfectamente custodiado y en un lugar seguro.

—¿No es cierto que Saddam Hussein ha sido trasladado a Qatar y que se encuentra recluido en una base militar norteamericana?

—Le repito que no puedo contestarle a esa pregunta. Le repito que se encuentra en un lugar seguro.

—General Sánchez, ¿ha habido colaboración de la población iraquí para la localización del ex—presidente?

—La captura no se debió a ninguna denuncia, no ha existido ninguna delación, la localización del lugar donde se escondía el tirano se debe exclusivamente al análisis de la información obtenida por los servicios de Inteligencia de la Coalición.

—¿Temen que tras la detención de Saddam Hussein se incrementen los ataques de la resistencia?

—No sé si habrá venganza, pero estamos dispuestos y les derrotaremos. Seguiremos buscando a otros dirigentes del régi-

men. No voy a parar. Es la misión que tenemos hasta lograr la estabilidad del país.

—En directo, desde Bagdad, Marcos Larrazábal.

A pesar de sentir un desprecio profundo por aquella guerra, Marcos disfruta cada día haciendo su trabajo.

Ahora es el propio ejército estadounidense el que pone todo tipo de cortapisas a los reporteros para poder trabajar. Los norteamericanos no quieren testigos de sus acciones, no soportan que cientos de periodistas anden husmeando por Iraq. Si no están los chicos de la prensa pueden bombardear una casa llena de personas inocentes y afirmar que se trataba de una base terrorista.

Algunos lo llaman cobardía y otros sentido común, pero lo cierto es que muchos reporteros, temiendo por sus propias vidas, se limitan a telefonar desde sus habitaciones del hotel Palestine al Ejército de ocupación o al Gobierno interino iraquí para recabar información y quienes les facilitan los datos son iraquíes que están todavía más aislados que ellos, en la zona verde de Bagdad.

Está claro que Marcos no es uno de ellos, en el momento que llegara a plantearse hacer ese tipo de periodismo haría la maleta y se volvería a casa. Muy al contrario que otros, el reportero español se retroalimenta con las dificultades y pretende mejorar, si cabe, su cobertura informativa. Con este propósito, el Equipo de Combate ha aumentado con la contratación de Khalid Al-Musawi, un servicial maestro de escuela reconvertido por el periodista a intérprete, conductor y guía, que le facilita mucho el trabajo de campo.

El Pi sigue poniendo la nota alegre, no hay día en que alguna de sus ocurrencias no sea celebrada, no sólo por Marcos sino por muchos de los compañeros de la prensa internacional. El Pi es un tipo singular, se hace amigo de todo el mundo y es capaz de protagonizar las situaciones más inverosímiles. Una de sus proezas más celebradas fue una noche, en pleno bombardeo de los aviones de La Coalición, cuando el Pi desaparece del hotel. Marcos ni se inmuta, está más que acostumbrado a estas desapariciones de su asistente que al final, como salido del agua, siempre acababa emergiendo; además el Pi es de esos tipos que saben cuidarse solos. Aldo Santoro, desde el balcón de la habitación de Marcos en la planta décima del hotel Palestine, graba estremecedoras imágenes. Las

ensordecedoras explosiones dan paso a enormes bolas de fuego que levantan gigantescas columnas de humo. No es posible saber qué edificios han sido alcanzados. Una negra niebla se eleva desde el sur de la Capital, junto al río Tigris; el reportero español intuye que las bombas han impactado en la refinería de Al Dura. Las baterías antiaéreas responden, con más voluntad que acierto, al ataque de la aviación estadounidense. En ese momento ven a alguien que, esquivando restos de munición, cascotes y escombros, corre desesperadamente en dirección al hotel. El redactor y su cámara están atónitos. También están perplejos el resto de periodistas que, apostados en sus respectivos balcones, hacen idéntico trabajo. Aquella persona, que cruza como alma que lleva el diablo las desoladas calles de Bagdad bajo las bombas no puede ser otra que el Pi. Presuroso baja Marcos a su encuentro y lo halla, sudoroso y jadeante en el vestíbulo del hotel. Inmediatamente llegan otros compañeros. Todos se arremolinaban alrededor de el Pi para saber qué ha ocurrido. Cuando el Pi recobra el aliento extrae del bolsillo de su pantalón un paquete envuelto en papel de periódico que contiene varios manojos de dátiles. Aunque pueda parecer increíble, el singular asistente ha cruzado Bagdad en medio de los bombardeos y se ha jugado el pellejo por un puñado de sabrosos dátiles... La tarde anterior había tenido una acalorada discusión con un comerciante iraquí sobre el origen de la palmera y la calidad del dátil. Con la que está cayendo a el Pi aún le quedan fuerzas para sacar el ilicitano que lleva dentro. Acaso los dos Patrimonios de la Humanidad de su ciudad natal, El Misteri y El Palmeral y su Elche C.F. son sus únicas señas de identidad. Rebate con desmesurada consistencia todos los argumentos del iraquí. Argumenta, casi con violencia, que las palmeras de Elche son muy anteriores a la llegada de los musulmanes, que hace más de dos mil quinientos años que los pobladores de Elche ya cultivaban la palmera para la obtención del dátil, que con los fenicios Elche ya era una potencia en la explotación de este árbol y que su palmeral es el más grande del mundo. El árabe, que entendía lo que entendía de cuanto exponía el Pi, con tono entre retador y hospitalario, le conminó a que fuese esa misma noche a su casa para probar el dátil zahdi, la variedad más preciada del fruto de las palmeras iraquíes y comprobar, por sí mismo, qué dátil es más sabroso. El Pi contestó:

—Vosotros de caviar sabréis mucho, pero de palmeras y dátiles no tenéis ni pajolera idea.

Importándole un bledo el conflicto por el que se encuentra a tantos kilómetros de su Elche del alma e ignorando las alertas de seguridad, cruza todo Bagdad bajo la descarga de cientos de bombas y misiles, escuchando la detonación de las explosiones, entre incendios y escombros, sorteando cadáveres y animales muertos, todo por hacerse con un puñado de dátiles que, antes de probarlos, ya sabe que serán infinitamente peores que los que dan las palmeras ilícitanas a orillas del río Vinalopó.

Tras la ocupación de Bagdad, los estadounidenses deciden utilizar, la que había sido residencia oficial de Saddam Hussein, como Cuartel General, por las condiciones de seguridad que ofrece para albergar a sus autoridades, militares y civiles, que han de administrar el país hasta que la resistencia sea vencida de manera definitiva. El lugar es llamado la Zona Verde y se extiende a lo largo de un área de cinco kilómetros que va, desde la orilla del río Tigris hasta los antiguos monumentos que Saddam mandó construir en conmemoración de la guerra contra Irán. La Zona Verde cuenta con piscinas, canchas deportivas, bares, restaurantes y su propia estación de radio, así como suministro autónomo de energía eléctrica y agua potable, en contraposición a las condiciones en las que se ven obligados a vivir los habitantes de Bagdad. Pero pese a la aparente seguridad de este recinto, rodeado por alambradas y gruesas paredes de hormigón y protegido por miles de soldados estadounidenses, la resistencia iraquí no cesa de hostigar al ejército invasor con continuos lanzamiento de cohetes y proyectiles de mortero.

Pese a que los Estados Unidos proclaman la creación de la nueva Guardia Nacional Iraquí como el elemento asegurador del orden y la seguridad interna, lo cierto es que esta policía está fuertemente infiltrada por insurgentes. Marcos informa desde Bagdad, el domingo veintiséis de octubre, que la resistencia iraquí ha disparado entre seis y ocho misiles en el momento en que el subsecretario de Defensa de los Estados Unidos se encontraba de visita. Paul Wolfowitz logra salir del ataque, pero un coronel del ejército estadounidense ha muerto y otras diecisiete personas han resultado heridas de diversa consideración. Mientras el secretario de Estado norteamericano Colin Powell declaraba a la cadena norteamericana NBC que «Washington no esperaba el nivel de ataques que se realizan en ese país tras la declaración del fin de la guerra», el reportero español da la noticia de un soldado español muerto (el tercero

ya desde que se iniciara el conflicto). Tenía veintinueve años, se llamaba Luis Puga Gandar y ha perdido la vida al sur del país, en la base española de Diwaniya, donde mil trescientos militares españoles se encuentran destinados como parte de una fuerza multinacional comandada por Polonia. Al día siguiente, veintisiete de octubre, abre de nuevo los informativos de las cadenas de televisión para las que trabaja informando desde la capital iraquí:

El primer día de Ramadán se celebra hoy, en Bagdad, con cuatro nuevos ataques con coches-bomba contra la sede del Comité Internacional de la Cruz Roja y contra tres comisarías de policía.

En el momento de ofrecerles esta información podemos confirmar la muerte de ocho policías y la de un militar estadounidense perteneciente a la Primera División Acorazada.

Al menos, veintinueve civiles iraquíes han muerto, también, en estas explosiones que dejan un saldo de doscientos treinta civiles heridos trasladados a distintos hospitales de la Capital.

Desde Bagdad les informa Marcos Larrazábal.

El día veintiocho es muy similar al anterior, y al anterior del anterior: más explosiones, más carreras por los pasillos del hotel junto a Aldo Santoro cargado con su cámara y siguiendo a los dos, siempre rezagado, el Pi, sin prisas, como si con él no fuese el asunto, con su inseparable mochila a la espalda que alberga el mayor tesoro del Equipo de Combate, la maleta de edición SX que permite conectar vía satélite, incluso en directo, desde cualquier lugar. Khalid esperándoles a las puertas del hotel Palestine con el destartado mercedes azul marino que el reportero ha alquilado, dispuesto a conducirles allá donde esté la noticia, un automóvil que debió ser de lujo veinte años atrás y que acaso perteneció a algún acaudalado del lugar. Ese día, rumbo a la ciudad de Balad donde se ha producido otro atentado...

Nos encontramos en la ciudad de Balad, ochenta kilómetros al norte de la capital, donde hace escasas horas el vehículo acorazado M1 Abrams, que pueden ver completamente calcinado a mis espaldas, era alcanzado por una mina terrestre.

Todo parece indicar que, nada más producirse la explosión, elementos emboscados de la resistencia iraquí abrían fuego contra los soldados americanos, que escapaban del las llamas del carro de combate, produciendo la muerte de dos militares norteamericanos y las heridas de gravedad de un tercero, que a estas horas está siendo evacuado a una base estadounidense en Alemania.

Desde Bagdad, les informa en directo, Marcos Larrazábal.

Y así un día tras otro, pese a las informaciones interesadas de la prensa norteamericana que pretenden difundir una imagen de control absoluto sobre un país que sólo se ve alterado por esporádicos atentados perpetrados por terroristas islámicos próximos a Al Qaeda, Marcos reflejaba en todas sus conexiones la imagen de un Iraq bien distinto, un Iraq que sigue en guerra. El reportero español, a las acciones armadas jamás las denomina atentados sino ataques y nunca utiliza la palabra terroristas para referirse a quienes siguen luchando, por fidelidad a Saddam Hussein o por los motivos que sean, contra unas fuerzas militares de ocupación que han actuado sin el respaldo de las Naciones Unidas.

Los días continúan sucediéndose más o menos igual, o muy parecidos los unos a los otros, con el terror instalado en un país que tardará décadas en poder levantar la cabeza y cuyo número de muertos es imposible cuantificar, con el único aliciente de esperar a que caiga la noche para compartir lecho con Aisha Jalaf.

El Pi le dice:

—Jefe te estás enamorando, la morita esta te engancha, que te lo digo yo, que te conozco un poco....

—Oye Pi —contesta el reportero haciéndose el duro, pero cada vez más consciente de que, en verdad, esa mujer le tiene hechizado—, hazme un favor, ¿por qué no te vas un ratito a tomar por el culo?

Después de las miradas de los colegas que desconocen esa relación, cuando Bagdad oscurece, los labios de Marcos buscan los de Aisha fundiéndose y dejando el espacio justo para dejar escapar un entrecortado suspiro de la muchacha. El sabor de la boca de Aisha es, definitivamente, distinto a todas las bocas que él había besado y su lengua parece estar hecha a medida de la lengua de Marcos. El periodista se separa y besa la comisura de sus labios, primero el labio superior, después el inferior,

una vez, dos, tres y así hasta perder la cuenta; le besa con tanta ternura que él mismo no sabe reconocerse en aquel amante. Enlazan sus manos, entrecruzan sus dedos y aprietan cuerpo contra cuerpo, su torso contra sus pechos, su miembro contra su pubis. Gira suavemente la cara de la joven y extiende las caricias de su lengua más allá del cuello y las orejas. Continuamente cierra los ojos para abrirlos de inmediato, como queriendo cerciorarse de que aquello no es un sueño. Y otra vez la ceremonia del amor se inicia entre ambos. La acaricia por encima de su pijama de seda, llena de caricias su espalda, sus hombros, su cuello, su vientre, sus pechos; sin prisa alguna desabrocha cada botón del pijama hasta deshacerse de él por completo y deja que sus dedos se deslicen armoniosos y libres por los senos de Aisha rozando, casi con timidez, sus delicados pezones que responden de inmediato a los estímulos del hombre. La piel de ambos se eriza. Termina de desvestirla con idéntica calma y después la lleva hasta la cama. Entonces es Aisha quien toma la iniciativa, coloca a su amado boca abajo y masajea su espalda con las yemas de sus finísimos dedos, sin prisas, pero sin pausas, deslizando una y mil veces sus manos suaves y femeninas desde el cuello de Marcos hasta la cintura, las cervicales, las dorsales, las lumbares, la escápula derecha y la izquierda, recorriendo cada centímetro de la espalda tensa y siempre hipercontracturada del reportero, actuando como el más eficaz y placentero de los relajantes musculares. Pasado el tiempo de la fisioterapia, Aisha inicia ahora los mágicos minutos destinados al placer. El mismo recorrido que antes ha realizado con sus dedos, ahora lo hace con su lengua, con idéntica calma, sin dejar de susurrarle bellas palabras de amor. Y antes de que puedan darse cuenta de nuevo están entregados y poseídos por el sexo, por los besos, por las caricias, por fluidos, por suspiros, por gemidos y por sudores compartidos, por sensaciones que hacen que el mundo se detenga, por sentimientos que se desbordaban, por placeres que alcanzan el éxtasis impregnando la cama y toda la habitación del destartado hotel Palestine de fragancias de amor.

Un día precioso amanece en Bagdad el tres de enero de 2004; pese a vivir instalados en un ambiente de guerra, de desolación y de muerte, quiere celebrar su cuarenta cumpleaños como la ocasión merece, por todo lo alto, por todo lo alto teniendo en cuenta todas las restricciones que sufren. Va a montar una celebración en el hotel con Aldo, el Pi y Khalid, que ya se ha integrado como uno más a su inseparable Equipo de Combate. También ha invitado a alguno de sus colegas de la prensa in-

ternacional, a aquellos con los que les une haber compartido muchos de los buenos y de los malos momentos de la guerra y ahora de la postguerra: los periodistas mexicanos de Televisa Eduardo Salazar, Jorge Pliego y Alejandro Valeiro, Gustavo Sierra del periódico argentino Clarín, el reportero de la RAI italiana Ferdinando Pellegrini, Rafael Cavada de la televisión chilena TVN y, cómo no, la periodista jordana de Al-Jazyra Aisha Jalaf. La presencia de Aisha Jalaf en su fiesta es imprescindible. El Pi hacía días que había conseguido las provisiones necesarias para que no faltase de nada en el guateque de su jefe, es un hombre de recursos y pese a las prohibiciones de una sociedad islámica todavía extraordinariamente restrictiva, no le ha costado demasiado esfuerzo el aprovisionarse de todo lo necesario: cuatro botellas de whisky Jonny Negro (por las que ha tenido que pagar trescientos dólares), tres botellas de vodka Zelionaya Verde, dos botellas de ron Matusalem y lo imprescindible para Marcos (el reportero es un confesado bebedor de *gin-tonics*), la ginebra, y aunque ha sido imposible encontrar Plymouth, la preferida por el reportero, se ha hecho con media docena de botellas de Hendrick's, que no está nada mal encontrándose donde se encuentran.

Pero esa fiesta nunca llega a realizarse.

Marcos Larrazábal recibe, en forma de fatídica llamada telefónica, el peor de los regalos de cumpleaños que podía imaginar: el vuelo 604 de la compañía Flash Air Lines, un Boeing 737 que cubría la línea Sharm el Sheij/El Cairo, se estrellaba nada más despegar. Para el mundo periodístico al que Marcos pertenece en cuerpo y en alma, este suceso, aderezado de ciento cuarenta y ocho víctimas, se convertirá en noticia de portada a cuatro columnas en los periódicos de todo el mundo y abrirá los informativos de las cadenas de televisión en todos los idiomas. Como siempre ocurre los ciento cuarenta y ocho muertos supondrán, para sus ciento cuarenta y ocho familias, un drama que les acompañará el resto de sus vidas. Y una de esas ciento cuarenta y ocho familias que quedarán afectadas para siempre es la suya, acaso la familia que no tenía y que ahora debe comenzar a tener, una familia que va a reducirse a la mínima expresión, a su hija Altea, de cuatro añitos y a él mismo.

Idoia, la madre de su hija, funcionaria del Ministerio Español de Asuntos Exteriores volaba en ese Boeing 737 de la compañía Flash Air Lines que inexplicablemente se ha precipitado en el mar.

Hasta ese momento Marcos Larrazábal era como un héroe maravilloso para su hija, un trotamundos que salía por la tele y que cinco o seis veces al año aparecía cargado de regalos y de fotografías, un progenitor con el que se comunicaba por teléfono cuando las conexiones lo permitían, un padre con el que solía hablar a través de videoconferencia, un papá del que Altea presumía ante sus amiguitos del cole, un papi al que la pequeña adoraba, al que mitificaba, pero con el que prácticamente no había tenido ninguna relación continuada más allá de cuatro o cinco días de mutua convivencia. Marcos e Idoia nunca fueron pareja, la relación entre ambos había sido extraordinariamente cordial pero sólo les unía Altea como fruto de un romance tan apasionado como breve; la niña vivía con su madre que, cuando tenía que viajar al extranjero, la dejaba en casa de los abuelos maternos, porque Marcos no tenía padres. Él, por supuesto, se ocupaba económicamente de una hija hacia la que profesaba una ternura infinita pero a la que desconocía por completo; ¿cómo era su día a día? ¿Qué desayunaba todas las mañanas? ¿Qué había que prepararle para almorzar? ¿Qué comidas le gustaban? ¿Quién era su pediatra? ¿Cada cuánto tiempo había que hacerle revisiones médicas? ¿Qué hacía si se ponía malita por la noche? ¿Qué vacunas habría que ponerle? En el mismo momento en que recibe el tremendo mazazo de ese accidente aéreo, Marcos es consciente de que ahora sólo se tienen el uno a la otra, que inesperadamente se ha encontrado con una familia, la suya, la que forman exclusivamente su hija Altea y él. El periodista siente que inmediatamente debe cambiar de modo de vida, que debe regresar y que además quiere regresar, que sólo le importaba ser capaz de hacer feliz a su hija y ser un buen padre.

Así de accidentada termina la historia del Marcos Larrazábal, reportero de guerra, el mismo día en que cumple cuarenta años.

Marcos habla con el Pi y se pone en marcha para organizar el regreso lo más rápidamente posible. Cuarenta y ocho horas después, aterrizan en Madrid. Aldo Santoro enlazará con un vuelo rumbo a Milán, el trabajo ha terminado y el camarógrafo italiano tiene ganas de descansar durante una temporada. Pero el Pi no piensa dejar a su jefe, se siente necesario, se sabe imprescindible, por lo que ni se le pasa por la cabeza volver, por el momento, a su Elche del alma; la preciosa ciudad de las palmeras, (huérfana de madre porque el insensible papá Estado nunca ha querido devolverle a su Dama) tendrá que seguir esperando para

poder ver a el Pi deambulando por los laberínticos callejones del Barrio del Raval, para que sus conocidos escuchen, sentados en alguna terraza de La Glorieta, todas las aventuras vividas por el asistente, para volver a recorrer junto a su amigo Alberto los bulliciosos puestos del mercado comentando sus gestas en el puesto de salazones de El Soci...; todo eso queda para más adelante: el Pi, lo acepte o no lo acepte el periodista, por el momento permanecerá *sine die* al lado de Marcos.

Bagdad, 3 de Enero de 2004